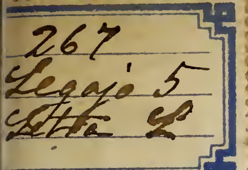


D.ⁿ Emilio Mario

ADMINISTRACIÓN
LÍRICO-DRAMÁTICA

LA PROCESIÓN

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

JUAN MELA

Estrenado con extraordinario éxito en el Teatro de Novedades
la noche del 30 de Enero 1895

MADRID
CEDACEROS, NÚM. 4, SEGUNDO

1895

3

LA PROCESIÓN

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

JUAN MELA

Estrenado con extraordinario éxito en el Teatro de Novedades la noche del 30 de Enero 1895



MADRID

IMPRENTA DE LOS HIJOS DE J. DUCAZCAL

Plaza de Isabel II, número 6

1895

A Clotilde.

En los tristes días que precedieron al fallecimiento de nuestro inolvidable hijo Antonio, terminé este drama, que quizá por tal razón he guardado ocho largos años; y aunque el recuerdo sea bien amargo para nosotros, al decidirme á darlo á la escena, he querido, mi buena esposa, que nuestros tres nombres figuren ante su primera página.

Juan.

ADVERTENCIA

El asunto que me ha servido de base para escribir este drama, se funda en la popular tradición gallega acerca de la muerte del Arzobispo de Santiago Don Suero G. de Toledo, que siendo yo niño y residiendo en aquella ciudad, oía referir á mis condiscípulos, de muy diversos modos, relatándolo cada cual según su fantasía. Contaban, en resumen, que el Arzobispo, hombre de carácter violento, sedujo á la hermana, ó á la esposa de un caballero llamado *Torrechao, Coruchao, Torreano*, y más comúnmente *Churruchao,* quien en justa venganza de la afrenta recibida mató á Don Suero en una procesión; que el suceso lo había presenciado el Rey Don Pedro desde una galería de la catedral, y que el cadáver del Arzobispo no recibió cristiana sepultura por morir sin confesión.

Mucho tiempo después, y de regreso de una de mis excursiones á Galicia, estas referencias despertaron en mí tanto interés por averiguar lo que hubiera de verdadero en el trágico fin de Don Suero, que consulté la *Historia de Galicia*, por Murguía; la *Historia Sagrada,* del P. Flórez; *La Catedral de Santiago*, de Villaamil, y los *Anales de Galicia,* cuyo autor no recuerdo, hallando solamente en estos anales algunas líneas que hablan del suceso, y con mayor extensión en otro libro titulado *Gallegos ilustres,* que también consulté; y sin más noticias que las ya indicadas, me propuse escribir este drama, que terminé hará cosa de ocho años y leí á muy contados amigos.

La última vez que el eminente Vico fué empresario del Teatro Español en el año 1892, tuvo empeño en representar mi drama; pero no accedí á su deseo porque me intimidó que se estrenase en aquel Coliseo. Circunstancias especialísimas y de índole privada me han decidido ahora á ponerlo en escena, entregándole al juicio del público.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
LEONOR...	SRA.	GARCÍA.
ALELÍ..........................	»	RODRÍGUEZ.
DON PEDRO I DE CASTILLA....	SR.	GONZÁLEZ (D. JOSÉ.)
DON SUERO DE TOLEDO (Arzobispo de Santiago.)........... ..	»	BARCELÓ.
DON GUILLÉN CHURRUCHAO...	»	PÉREZ.
DON MARTÍN CHURRUCHAO....	»	CUEVAS.
DON PEDRO PADILLA.....	»	SOTILLO.
DON MEN RODRÍGUEZ DE SANABRIA	»	RUIZ.
BRUNO (veterano)....	»	TORRECILLA.
DIEGO (soldado)................	»	ESTRELLA.
ESTEBAN (ídem.).........	»	MORALES.
LOPE.... } Servidores de don Suero.	»	ESTRELLA.
FORTÚN. } Servidores de don Suero.	»	PASCUAL.
BRÁS....... } Villanos.	»	LÓPEZ SERRANO.
LEANDRO. . } Villanos.	»	MORALES.
UN LABRIEGO............... ..	»	PASCUAL.

Capitanes, sacerdotes, damas, caballeros, maceros, soldados, gentes del pueblo.

La acción del drama se supone en Santiago y sus cercanías, en los días 23, 24 y 25 de Julio de 1366.



ACTO PRIMERO

Campamento en un bosque. Tiendas de campaña. Máquinas de guerra. A la izquierda, en segundo término, la tienda real, que debe ocultarse mucho entre los árboles. Delante de la puerta está clavado el estandarte de Castilla. Hay varios centinelas en la tienda y en las alturas. La luna alumbra.

ESCENA PRIMERA

DON PEDRO PADILLA *y* DON MEN RODRIGUEZ DE SANABRIA *en la tienda.* BRUNO *y* DIEGO *á la derecha, sentados en un tronco de árbol. De vez en cuando se ve cruzar por el fondo alguna patrulla.*

DIEGO. ¡Buena noche, amigo Bruno!
BRUNO. Si en Sevilla nos cogiera
para recorrer sus calles,
y al compás de las vihuelas
entonar tiernos cantares
apoyados en las rejas
de moza de negros ojos...
DIEGO. Yo he seguido las banderas
de don Pedro, voluntario,
para buscar en la guerra
un nombre y una fortuna,
y esta noche prefiriera

NOTA. Los versos señalados al margen con asteriscos, se suprimieron para abreviar la duración del drama.

entrar escalando el muro
en alguna fortaleza,
al sonar de los clarines
y al crugir de las ballestas.

BRUNO. Ansia tiene el mozalbete
de experimentar sus fuerzas.

DIEGO. ¿Y cómo no? si he dejado
en Sevilla una morena
que entre rezos y suspiros
esperando está mi vuelta.

BRUNO. ¿Hidalga? *(Burlándose.)*

DIEGO. *(Después de un signo negativo.)*
Nó: pero es rica.

BRUNO. Si no igualáis en hacienda,
no debiste alzar los ojos
más arriba de tu esfera.

DIEGO. *(Con pasión.)* Al prendarme de los suyos
yo no pensé en su riqueza.

BRUNO. Pero, la tiene.

DIEGO. *(Con pena.)* Es verdad,
mal que le pese á mi estrella...
y por eso yo reniego
sin cesar.

BRUNO. *(Riendo.)* ¡Buena prebenda!
Con reniegos no se alcanza
ningún provecho, babieca;
que el amigo que más sirve
en el mundo, es la moneda.
Descuida, que antes de mucho
veremos cómo te estrenas,
y han de sobrarte ocasiones
de ganar una gineta.
(Burlándose.—Siguen hablando demostrando en sus ademanes poca conformidad.)

D. MEN. Aunque el calor en Galicia
rara vez es cuando arrecia,
lo que es el de hoy, don Pedro,
¡vive Cristo!...

PADILLA. Ha sido eterna
la jornada.

D. MEN. El sol llegaba
al final de su carrera

cuando dimos alto.

PADILLA. Sí.

Y la media noche es cerca,
y hace poco llegó el Rey.
¿Dónde ha estado?

D. MEN. ¡Buena es esa!

¿Quién lo sabe? Nunca dice
dónde va, ni qué proyecta.

PADILLA. Por ese afán de aventuras,
el mejor día le encuentran
con el pecho traspasado
ó hendida en dos la cabeza.
*Pero aquí, para nosotros.
*¿No opináis que su entereza
*de carácter, poco á poco
*ensanchando va la senda
*por donde vasallos tibios
*al fin y al cabo se entran
*en campo de rebeldías
*que los traidores cosechan?

D. MEN. *Si don Pedro fuese débil,
*ya ostentara su diadema
*el infante don Enrique,
*ó escarnecida se viera
*en la frente del Monarca.
*¡Hacen los Reyes las épocas,
*buen Padilla, y le ha tocado
*á don Pedro, una perversa!

PADILLA. *Si del soldado el destino
*es morir en la pelea,
*cumpliremos con el nuestro
*como bravos. No me apena
*morir de lanza ó bodoque,
*golpe de maza ó de flecha...
*pero espirar en el lecho
*de enfermedad, me amedrenta.

D. MEN. *En los tiempos que corremos
*es fácil ver satisfecha
*vuestra aspiración. *(Sonriendo.)*

PADILLA. **(Idem.)* Tal creo.

D. MEN. Nuestro Monarca proyecta
partir hacia Santiago

para hacer su entrada regia
antes que la procesión
á la calle salir deba,
pasado mañana, día
del apóstol.

PADILLA. Que Dios quiera
que no se truequen los cirios
que han de alumbrar en la fiesta,
en lanzas y en fuertes picas.

D. MEN. Fácil es que así acontezca,
pues el Arzobispo es terco;
y si nuestro Rey se empeña
en humillarle, tal vez
á cintarazos resuelvan
la cuestión, y así, Padilla,
lo que haya de ser que sea.

(Continúan hablando bajo.)

BRUNO. Es que yo... *(Altercando.)*

DIEGO. Lo dicho, dicho.

BRUNO. Tú me debes obediencia.

DIEGO. En asuntos del servicio;
pero no tolero afrentas,
que esta espada me dió el Rey
y sin mancha he de volverla.

BRUNO. *(Con tono despreciativo.)*
Primero aprende á esgrimirla,
mancebo; que como pesa,
quizá te engañe el deseo
y no podrás sostenerla.

DIEGO. *(Con brío.)* Pues si alguno imaginara
que por barbudo me aterra,
¡vive Dios! que creyó mal
y que equivocó la cuenta;
que sin barbas, le haré ver
que á mí nadie me amedrenta.

BRUNO. ¡Váyase el niño á dormir,
no den los clarines seña
de marchar, y del cansancio
se le blandeen las piernas!

DIEGO. No tan flojo, cabo Bruno.
Por lo pronto, más entera
tengo yo el alma que vos.

No me apuréis la paciencia,
para que os guarde respeto.

BRUNO. Y tú que no me lo tengas,
(Golpeando el puño de la espada.)
que... de plano, te sacudo.

DIEGO. *(Idem.)* Si antes yo no os dividiera
con el corte la cerviz.

BRUNO. Vamos á verlo.

DIEGO. Alguien llega.

BRUNO. No me importa. *(Alzando el tono.)*

DIEGO. Sin gritar...
porque el que mucho vocea...

BRUNO. *(Bajando la voz y señalando á la tienda.)*
Es verdad. Que no se enteren...
(Es de la ralea buena. *(Aparte.)*
Si reñimos, le desarmo
porque me guarde obediencia,
y después, buenos amigos.
¡Es bizarro!)

ESCENA II

DICHOS, ESTEBAN, ALELÍ, *soldados*

ESTEBAN. Diego.

DIEGO. Esteban,
¿qué buscáis?

ESTEBAN. Esta mujer
ha poco se entró resuelta,
sin hacer caso del alto
que daban los centinelas,
por el atrincheramiento,
saltando zanja y cadena.
Suplicó que la dejasen
llegar hasta la presencia
del Conde de los Gameros
porque mucho la interesa.
Y como tanto insistió,
aquí la traigo...

BRUNO. ¿Es aquella?

ESTEBAN. Sí, señor. Una gitana.
BRUNO. Que se acerque.

(Alelí se aproxima á un ademán de Esteban.)
(Bruno la contempla con avidez.)

(¡Brava hembra!) *(Aparte.)*
(Alto.) ¿Quién eres? *(Pausa corta.)*
Responde pronto.
ALELÍ. Una mujer... que desea... *(Pausadamente.)*
BRUNO. ¿Ver al Conde? *(Signo afirmativo de Alelí.)*
Bien está.
Cada uno á su puesto vuelva.

(Esteban y los soldados se van por donde salieron. Diego se oculta tras un árbol.)

Yo propio voy á guiarte,
que entre las revueltas tiendas,
aunque la noche es bien clara
es muy fácil que te pierdas.
ALELÍ. *(Breve.)* ¡Gracias!
BRUNO. *(Intentando abrazarla.)*
No hay más que las tuyas.
ALELÍ. *(Conteniéndole, poniéndole la mano en el pecho.)*
Deteneos: que pudiera
saliros caro el arresto,
militar.
BRUNO. No me amedrentas,
y has de sufrir un abrazo
¡mal que te pese! *(Intentándolo.)*
ALELÍ. *(Empuñando el puñal.)* Si llega
á tocarme... ¡yo le juro!..
BRUNO. En las manos de las hembras
los puñales son agujas,
y un bravo cual yo, las quiebra.
Deja ese chisme.
(Avanza á desarmarla. Diego se interpone.)
DIEGO. Los hombres
á las mujeres respetan...
no lo olvide el veterano.
BRUNO. ¡Tú otra vez! ¿Es que te empeñas
en probar?...
DIEGO. No alcéis la voz,
porque escucharos pudieran

los Capitanes. *(Señalando la tienda.)*

BRUNO. *(Conteniéndose.)* ¡Ah! sí.

DIEGO. Muy bajo os dirá mi lengua
que el que ofende á una mujer
es un miserable.

BRUNO. *(Empuñando.)* Espera,
que te voy á contestar.

DIEGO. *(Conteniéndole con la acción, dice á Alelí con rapidez, señalando hacia el fondo.)*
Parte por aquella senda,
y á poco trecho de aquí,
el pabellón en que veas
una bandera ondeando
izada sobre la puerta,
es el del Conde que buscas.

ALELÍ. Adiós. *(Vase por el sitio indicado.)*

DIEGO. Y que El te proteja. *(A Bruno.)*
Ahora, los dos.

BRUNO. Sí, ¡por Cristo!
vamos donde no nos vean.

DIEGO. Veréis quién es el rapaz.

BRUNO. ¡Se empeñó! *(Con pena.)*

DIEGO. Calle la lengua
y hable el acero. *(Marchando.)*

BRUNO. Eso es.
¡Dios te acoja con clemencia!
Es lástima que concluya,
sin empezar, su carrera. *(Siguiéndole.)*

D. MEN. Creedme. No es oportuno...
Estando para las fiestas
lleno Santiago de gente,
don Suero tal vez resuelva
negar el pleito homenaje
y preparar la defensa
de la ciudad.

PADILLA. Lo mejor
es entrarla por sorpresa,
como de paz, que ya dentro
nuestras tropas...

D. MEN. Si así fuera,
no habría efusión de sangre;
y el Arzobispo, por fuerza,

de don Pedro acataría
la voluntad.

PADILLA. ¿Quién sujeta
á nuestra gente, sin darle
saqueo? ¡Inútil empresa!

D. MEN. Para eso sirven los Jefes...
para mantener ilesa
en todo caso y lugar
la disciplina severa.

ESCENA III

Antes de terminar la escena anterior, se oye rumor de voces, que se van acercando, hasta que salen DON GUILLÉN, ESTEBAN *y soldados.*

ESTEBAN. Adelante, y no repliques.

GUILLÉN. Cedo al número por fuerza,
que es temerario lidiar
contra tantos. ¡Gran proeza!
¿Sois acaso bandoleros?

ESTEBAN. Bien es refrenes la lengua.
Estás en un campamento.

GUILLÉN. ¡Campamento! Si no hay guerra.
(Asaltado de una idea.)
Pero ahora que reparo...
tú no eres de esta tierra.

ESTEBAN. Soy castellano.

GUILLÉN. ¿A quién sirves? *(Pausa.)*
¿A qué viene la reserva?

ESTEBAN. Tal vez pueda convenir
que el campesino no sepa...

GUILLÉN. El hábito no hace al monje.
Si no visto ricas telas,
espada pende del cinto
que mi condición revela.

ESTEBAN. A que dimos con un prócer.
(Burlándose.—Los soldados ríen.)

GUILLÉN. Soy hidalgo.

ESTEBAN. *(Idem.)* ¿De gotera?

GUILLÉN. Tan noble como el que más... *(Iracundo.)*

y no apuren mi paciencia,
que si pierdo los estribos...

ESTEBAN. Darás con el cuerpo en tierra.
(Los soldados rien.)

GUILLÉN. ¡Voto á Cristo!

ESTEBAN. Y también yo,
que los votos no me arredran.

GUILLÉN. Soldado no puede ser
quien entre muchos denuesta
á uno solo, y ratifico
que bandoleros me cercan.

ESTEBAN. ¿Bandoleros?

GUILLÉN. Tal parecen
por las acciones.

SOLDADOS. ¡Que muera!

GUILLÉN. Mas no será sin matar.
Acercaos.

ESTEBAN. Fuese mengua
acogotarle entre todos.
Dejadme solo.

GUILLÉN. Pues llega,
verás qué bien te recibo.

ESTEBAN. ¡Corro hacednos!

D. MEN. *(Saliendo de la tienda seguido de Padilla.)*
¿Quién altera
de este modo el campamento
á estas horas con pendencias?

GUILLÉN. Yo diré... *(Adelantándose.)*

D. MEN. ¿Y quién sois vos,
que apresuráis la respuesta?

GUILLÉN. ¿Yo? don Guillén Churruchao. *(Digno.)*
De la más rancia nobleza
de Galicia. No soy rico.
Mi morada solariega
á seis leguas de este sitio
próximamente se encuentra.
En ella, con mis dos hijos,
á las campestres faenas
con los villanos me entrego
cuando hay paz. Mas cuando suena
el clarín de las batallas,
dejando arados y estevas,

empuñamos el lanzón
y vamos á la pelea.

D. MEN. ¿Cómo llegásteis aquí?

GUILLÉN. Hace poco que en mi yegua
trotando me dirigía
á mi hogar, y de aquí, cerca,
los vuestros me detuvieron.

D. MEN. Respondedme con franqueza.
¿Sois servidor de don Suero?

GUILLÉN. Gozo de mi independencia.

D. MEN. Dicen que es soberbio.

GUILLÉN. Sí.

D. MEN. ¿Sois su enemigo?

GUILLÉN. Pudiera,
si es que al cabo se decide
por Trastamara.

D. MEN. ¿Y si llega
ese caso?...

GUILLÉN. De don Pedro
iré á buscar las banderas.

D. MEN. ¿Qué don Pedro?

GUILLÉN. El castellano.
El bravo Rey.

D. MEN. Ya se encuentra
en Galicia, este es su campo.

GUILLÉN. ¿Que aquí está?.. *(Admirado.)*

D. MEN. Y en Compostela
entrará dentro unos días.

GUILLÉN. *(Moviendo la cabeza como dudándolo.)*
Si el Arzobispo le deja
llegar hasta allí.

D. MEN. Y si no
por la razón de la fuerza.
¿Queréis darnos vuestra ayuda
si combatimos?

GUILLÉN. Si fuera
llegado ese trance, yo
volaría á la defensa
del Monarca; pero en tanto
que el Arzobispo no sea
un rebelde, no he de ir,
y sin razón que me impela,

contra mi señor feudal.

D. MEN. Cuenta os tendrá.

GUILLÉN. Mi firmeza
no quebrantáis. Ya, sin cebo,
don Suero hará de manera
que otros varones y yo
le neguemos la obediencia.

D. MEN. Terco sois.

GUILLÉN. *(Con dignidad.)* Soy Churruchao. *(Corta pausa.)*
Dejad que el camino emprenda
de mi casa, que mis hijos
sin duda alguna recelan
que me aconteció un fracaso.

PADILLA Pensad, don Men, que interesa
que el Arzobispo feudal
ignore estamos tan cerca;
y si este hidalgo le avisa
que allá vamos...

GUILLÉN. *(Ofendido.)* ¡Tal vileza
suponer de un noble!..

PADILLA. *(Rudamente.)* Yo
no os conozco, y pudiera
una delación...

GUILLÉN. Miradme
al semblante con fijeza.
¿Tengo aspecto de felón?

D. MEN. ¿Me prometes la reserva?

GUILLÉN. Soy noble, no delator.

D. MEN. Fío en vos.

GUILLÉN. *(Dándosela.)* Ahí va mi diestra.

D. MEN. Por don Pedro. Acompañadle
hasta salir de la selva.
(A Esteban, que se va con don Guillén y los soldados por donde vinieron.)

PADILLA. ¿Y no teméis?..

D. MEN. Qué, ¿don Pedro?

PADILLA. ¡Vive Cristo... que nos venda!

D. MEN. Por mi honor, que no lo creo.
Volvámonos á la tienda.

ESCENA IV

DON MEN *y* PADILLA *en la tienda. Los centinelas en sus puestos. Después de una pausa,* DON PEDRO *sale del bosque, por detrás de la tienda, y avanza al proscenio, pensativo.*

D. PEDRO. ¡Caso extraño en verdad! ¿Qué es lo que siento,
que no puedo explicarme? ¿Dominado
por mezquino y fatal presentimiento
quien de todo en el mundo se ha burlado?
(Pausa.)
Salí del campamento á la ventura
buscando soledad y dulce calma,
y al dejar de la selva la espesura
aire que respirar ansiaba el alma.
Sobre una roca reposé un momento
apoyando en un árbol la cabeza,
y embargado de extraño arrobamiento
jurara que dormí. Por qué rareza,
que explicarme no acierto, ó maravilla,
doncel me ví... De todos respetado...
por mis hermanos y mi pueblo amado
en mi oriental alcázar de Sevilla.
Las horas en alegres devaneos
en su recinto plácidas corrían.
Cabalgatas brillantes y torneos
con incesante afán se sucedían.
(Transición.)
¡Qué horrendo despertar! ¡Abrí los ojos,
y dí en la realidad triste y desnuda...
que sólo para mí rudos abrojos
la terca adversidad guarda sañuda! *(Pausa.)*
«¿Será cierto que tienen influencia
sobre el hombre los astros en la vida?
¿Es verdad del astrólogo la ciencia?»
me pregunté á mí mismo «¿ó es mentida?»
Y los ojos clavando en la brillante
bóveda azul que nos cobija bella,
el labio murmuró: «Y en este instante,
de esas que lucen, ¿cuál será mi estrella?»

Y... sin duda, delirio de la mente...
Me pareció que un lucero rielaba
con más vivo fulgor, y de repente
de rojizo esplendor se coloraba.
Contemplándola, exclamé con alegría,
como un niño embriagado de contento...
«¡Es brillante, por Dios, la estrella mía!»
y alegre penetré en el campamento.
Ya bien cerca de aquí, salióme al paso,
brotando de la sombra del boscaje,
bañada por la luna, ya en el raso,
una mujer con caprichoso traje...
Y en el fondo de clara plazoleta
al irnos á cruzar, los dos paramos.
Ella me contempló tranquila y quieta
un instante, diciendo: «¿Cerca estamos
de la tienda del Conde de Gameros?»
«Sigue esa senda sin crucero y llana
y al fin la encontrarás de los oteros.
¿Quién eres? me dirás. «Una gitana.»
¡Una gitana! «Sí» Díme el arcano
del hondo porvenir... ¿Cuál es mi estrella?
Rígida al cielo levantó la mano...
y se marchó diciendo: «Aquella... aquella.»
Busqué el lucero que brilló radiante
y allí estaba otra vez... Pero ¡oh portento!
fúlgido resplandeció por un instante
y negra nube le cubrió al momento.
A la par que en su gasa le envolvía,
por la postrera vez, clara y lejana
la voz oí, que... «Aquella»... repetía
de la siniestra y singular gitana. *(Pausa.)*
¿Será todo verdad... ó habré soñado?
¡Presa yo de fantástica quimera!
No... mi mente sin duda ha fabricado
la vana aparición de la hechicera. *(Pausa.)*
Puede el león acorralado al verse
y por muchos mirarse acometido,
sacudir la melena y revolverse
lanzando de furor ronco quejido;
pero nó de temor. ¡Nada le aterra!
Sobre la valla con furor saltando

de enemigos que en círculo le encierra,
desgarra sin piedad... muere matando.
Y á mí, león de coronada frente,
no han de apresarme con traidores lazos...
que con mis garras romperé potente
cuanto tenga al alcance de mis brazos.
(Riendo con sarcasmo.)
Sus rayos contra mí fulmina Roma,
y armado me amenaza el mundo entero...
No me arredra, por Dios; que nada doma
á don Pedro el Cruel ó el Justiciero.
(Entra en la tienda.)

ESCENA V

DICHOS, *á poco* ESTEBAN *y un* LABRIEGO.

REY. Don Men Rodríguez.
D. MEN. Señor...
REY. ¿Qué ocurre en el campamento?
D. MEN. Nada, señor; todo es calma,
como habréis visto, y sosiego.
REY. Que apresten las compañías
para salir al momento
de esta selva.
D. MEN. Bien está.
REY. Avisad. *(A los dos.)*
PADILLA. Así lo haremos.
(Salen de la tienda don Men y Padilla y al llegar al centro de la escena, se encuentran con Esteban y el Labriego.)
ESTEBAN. ¿Me diréis si está en la tienda
el Monarca, caballeros?
PADILLA. ¿Qué quieres?
ESTEBAN. Este aldeano
se obstina en que quiere verlo.
PADILLA. ¿Para qué? *(Con desconfianza.)*
ESTEBAN. Pues no lo dice,
Capitán.
REY. *(Que ha escuchado desde la puerta de la tienda.)*
Entre el labriego,

y tú, soldado. Padilla,
á ordenar lo que he dispuesto.
(Vánse los Capitanes, el Rey, Esteban y el Labriego entran en la tienda.)

REY. ¿Quién eres?

LABRIEGO. *(Receloso.)* Un infeliz
labrador; pero yo puedo
hacer que entren vuestras tropas
en Compostela sin riesgo.
Conozco una oculta mina
que comunica á un convento
que fuera está de murallas.
Ese camino secreto
parte desde un caserón
abandonado por viejo
en Santiago, y sólo sabe
que hay tal mina el jardinero
del convento, que es mi hermano,
y abrirá la puerta.

REY. *(Secamente.)* Acepto.
(Así, sin combate, logro *(Aparte.)*
si se negase altanero
el Arzobispo...) *(Alto.)* Y ahora
fija á tu traición el precio.

LABRIEGO. ¿Cómo?... Señor... *(Temeroso.)*

REY. No repliques.
Dí lo que quieres en premio
de tu *lealtad.* *(Irónico.)*

LABRIEGO. *(Confuso.)* Es... que yo...
no pensaba...

REY. *(Con dureza.)* Dílo y presto.

LABRIEGO. Señor... ¿y si pido mucho?

REY. Pide, que no regateo.

LABRIEGO. Pues... cien doblas castellanas ..
y... en vuestra casa un empleo.

REY. Doscientas doblas cabales
recibirás, lo prometo,
tan pronto como mis tropas
hayan entrado. Y te advierto,
que si al instante no huyes
poniendo tierra por medio,
con tu hermano, te hago ahorcar,

y saludable escarmiento
seréis para otros felones.
(A Esteban, señalando al Labriego.)
Con este hombre, tan luego
como la marcha principie,
te colocas el primero,
y le llevas á tu lado
para que guíe. *(Aparte á Esteban.)*
(Si artero
nos llevase á una emboscada,
caiga sin vida.) *(Alto al Labriego.)*
Yo quiero
que hasta pasado mañana
á Santiago no lleguemos.

LABRIEGO. Señor, yo conozco un bosque
á cuatro leguas ó menos,
donde sombría espesura
para ocultarnos tendremos.

REY. *(Señalándole á Esteban.)*
Ve con él, y no te olvides
de lo que pactado habemos.

LABRIEGO. Gran señor, yo cumpliré.
(Sale con Esteban de la tienda.)

REY. Iré como mensajero
mío, y bien claro está
que en la entrevista rompemos,
ó de paz nos avenimos
y con otro parcial cuento.

ESCENA VI

REY, DON MEN, PADILLA, BRUNO, DIEGO, *Capitanes.—Desde este momento, se nota en el campo gran movimiento de golpes de soldados que cruzan de izquierda á derecha, sin interrumpir el diálogo.*

D. MEN. Señor, los Jefes están
prevenidos cual queréis,
y al punto que lo ordenéis
las tiendas levantarán.

REY. De Santiago el camino
haremos con calma y tiento
hasta llegar á un convento
á su muralla vecino.
Ocultos con precaución
en su recinto aguardáis
hasta que el repique oigáis
que anuncie la procesión.
Entonces, la infantería
que Padilla mandará,
en Santiago entrará
por donde le indique un guía.
Al frente de los ginetes,
al galope, por la puerta
que fuerces, si no está abierta,
don Men Rodríguez te metes.
PADILLA. ¿Y ya dentro, voto á tal,
qué haremos no nos diréis?
REY. A marcha forzada, iréis
á dar en la catedral.
Bien sabéis que en estos días
con vistosa ostentación
da paso á la procesión
la puerta de Platerías.
Allí yo me encontraré,
Padilla, á vuestra llegada.
PADILLA. ¿Pues no sois de la jornada?
REY. No tal... Os precederé.
(Movimiento de extrañeza en los Capitanes.)
No abriguéis ningún temor.
Todo calculado ya,
á maravilla saldrá
como convenga mejor.
*A vos, Conde de Fajardo, *(A un Capitán.)*
*con las máquinas y el resto
*de las tropas, lo más presto
*en Compostela os aguardo.
*Si se malogra mi traza
*y resistencia encontráis,
*sin más demora cercáis
*las murallas de la plaza.
*En tal caso, si don Men

*puerta no logra forzar
*para poder penetrar,
*os ayudará también.
*Yo, con tus bravos, manera *(A Padilla.)*
*de fijo al instante encuentro
*de abrirme brecha por dentro
*para que entren los de afuera.
Concordia voy á buscar;
pero si don Suero, airado,
por la ira aconsejado
me obligase á pelear
en el día de mañana...
¡que teman! que mi furor
recordará con horror
la gente compostelana.
Antes de mi campo alzar,
cual costumbre, necesito
saber si ocurrió delito
que se deba castigar.
¿Qué tenemos? *(A Padilla.)*

PADILLA. Casi nada.
Señor, á este veterano *(Por Bruno.)*
han herido en una mano
ha poco de una estocada,
en riña.

REY. No es lance nuevo.

BRUNO. Son percances del oficio.

REY. ¿Quién te hizo ese beneficio?

DIEGO. *(Se adelanta decidido viendo que calla Bruno.)*
Yo, señor.

REY. *(Admirado.)* ¿Este mancebo?
(Bruno asiente.)
¡Si es casi niño!

BRUNO. Sí, tal;
pero señor, no os asombre,
que tiene brazo de hombre
el que me hizo este ojal.
(Mostrando la mano derecha envuelta en un lienzo.)
Fama gozo de aguerrido;
entre los bravos, braveo;
y con los duros me hombreo;
y con muchos he reñido.

A alguno á mis pies tendí,
y con otros salí en paz.
Esta noche á ese rapaz
le tocó vencerme á mí.
¿Quién dijera que un novato?..
Mas no lo puedo negar,
que al fin vine á tropezar
con la horma de mi zapato.
El me venció, no lo niego.
Aunque no le apunta el bozo,
¡vive Dios, que es todo un mozo!

REY. ¿Y cuál es su nombre?

BRUNO. Diego.

REY. Es soldado á no dudar.

BRUNO. De valor extraordinario.

REY. ¿Y es de levas?

DIEGO. *(Arrogante.)* Voluntario,
con ansia de pelear.

REY. ¿Y tú eres?
(A Bruno, que baja la cabeza evitando su mirada.)

BRUNO. Un veterano,
cabo de treinta piqueros.

REY. ¿De qué mesnada?

BRUNO. De Herreros,
Conde de Villamediano.

REY. ¿Y este rapaz?

BRUNO. Es también
en mi compañía soldado.

REY. ¿Y sin duda faltó osado *(Severo.)*
á su deber?

BRUNO. *(Aparte.)* (¡Voto á cien!..)

REY. Le reprendiste: él, ligero,
sin comprender lo que hacía,
quizá tuvo la osadía
de acometerte altanero...

BRUNO. No miento, ¡voto á Luzbel!
Lo rechaza mi conciencia.
Mía ha sido la imprudencia,
y el generoso fué él.
En fin... para terminar...
Aunque yo esgrimí de firme,
se contentó con herirme

cuando me pudo matar.
De mí partió la agresión
sin una causa fundada,
y bien gané la estocada,
que suya fué la razón.

REY. ¿Y tú, qué alegas, mancebo?

DIEGO. Que del noble veterano *(Conmovido.)*
quisiera estrechar la mano.

BRUNO. Si acaso, la sana. *(Riendo.)*

REY. Debo
sentenciar y hacerlo voy.
Vuelves á simple soldado *(A Bruno.)*
desde ahora.

BRUNO. Bien castigado
por provocador estoy.
No debe el cabo tratar
al inferior como esclavo.

REY. Tú, Diego, asciendes á cabo,
y ocuparás su lugar.

BRUNO. Justa pena: la merezco.

REY. El voluntario es novicio:
enséñale tú el oficio.

BRUNO. Y de corazón le ofrezco
que he de cumplir con afán:
que si no sufre un revés,
pronto ascenderá, que es
madera de capitán.

REY. ¿Tan noble resolución
sostendrás?

BRUNO. Y de ello ufano.

REY. Da, en prenda, á Diego tu mano.

BRUNO. La mano y el corazón. *(Abrazándole.)*

DIEGO. De hoy más para siempre amigos.

REY. Y emplead vuestro ardimiento
cuando se acerque el momento
de combatir enemigos. *(Tumulto lejano.)*
¿Quién falta de esa manera
á mi mandato?

PADILLA. No sé.

REY. ¿Ha poco no os ordené
que el mayor silencio?..

VOCES. *(Dentro.)* ¡Muera!

PADILLA. La bulla parte de allí, *(De la izquierda.)*
y ya suena más cercana.
VOCES. ¡Muera! *(Dentro.)*
OTRAS. *(Idem.)* ¡Muera la gitana!
OTRAS. ¡Que muera! *(Idem.)*
PADILLA. Ya están aquí.

ESCENA VII.

DICHOS, ALELÍ *con puñal en mano viene huyendo de los soldados, que entran tras ella.*

D. MEN. Deteneos.
REY. *(Conociéndola.)* ¡Ella es!
D. MEN. Escuchémosla.
SOLDADO. Es en vano.
ALELÍ. ¡Si alguien pone en mí la mano,
sin vida cae á mis pies!
SOLDADO. Que no escape.
ALELÍ. Aunque quisiera
es inútil, que no puedo...
pero no me embarga el miedo.
UNOS. ¡Muera la gitana!
OTROS. ¡Muera!
REY. Cobardes... ¿qué váis á hacer? *(Amparándola.)*
SOLDADOS. Matar á esa miserable.
ALELÍ. ¡Qué digna hazaña! *(Despreciativa.)*
REY. Que hable
ante todo esta mujer.
¿Por qué la seguís tan fieros
hasta aquí, sin reparar?...
SOLDADO. Acaba de asesinar
al Conde de los Gameros.
(El Rey la interroga con la mirada. Alelí contesta con fiereza.)
ALELÍ. ¡Es cierto!
REY. *(Admirado.)* ¡Por vida mía!...
ALELÍ. ¿Os extraña?
REY. *(Idem.)* ¡Quién dijera!..
ALELÍ. Y si cien vidas tuviera, *(Muy enérgica.)*

cien veces le mataría!

REY. ¿Y te atreves á decir
que tú has sido?.. *(Severo.)*

ALELÍ. *(Con entereza.)* Nunca miento.
(Haciendo una transición, dice amargamente.)
Cuando entré en el campamento
ya contaba con morir.

REY. *(Aparte.)* (¡Es extraño, vive Dios!)
¿Habrá razón? *(Alto.)*

ALELÍ.. ¿No ha de haber?
Y me atrevo á responder
que habréis de dármela vos. *(Pausa.)*

REY. ¿Tu nombre?

ALELÍ. Pregunta vana.
¿Qué os puede importar de mí?

REY. Quiero saberlo.

ALELÍ. Alelí...
Soy una pobre gitana.
Flor que solitaria brota
en el desierto arenal
mecida del vendaval
que sus pétalos azota.
*Ave que el nido dejando
*tiende vigorosa el vuelo
*y se remonta hasta el cielo
*al azar siempre vagando.
*Por la libertad que anhela,
*salvando llanos y montes,
*por distintos horizontes
*libre como el aire vuela.
Yo pertenezco á esa grey
que sin norte caminando,
va siglos atrás dejando
sin hogar, patria, ni ley.
*Pues cada tribu se rige
*por raros y extraños modos:
*son una familia todos
*que el más anciano dirige;
*y que tiene autoridad,
*cuando se aman dos zagales,
*á afirmar sus esponsales
*por toda una eternidad.

*Que unión que tan sólo ata
*recíproca decisión
*de uno y otro corazón,
*sólo la muerte desata. *(Pausa.)*
Hace tiempo, mi aduar
clavó sus tiendas sencillas
cerca á las verdes orillas
del río Guadalaviar.
Una horda de gitanos
alegres las ocupaban,
y á su abrigo se amparaban
mi amante, padre y hermanos.
Yo de inquietudes ajena,
en un prado de esmeralda
me tejía una guirnalda
de alelíes y verbena,
para ceñirla á mi frente
en la noche de aquel día
en que á mi amante me unía,
por amor, eternamente...
Y cantaba placentera
como canta en la enramada
la tórtola enamorada
llamando á su compañera.
Saliendo de la espesura, *(Sombría.)*
sobre un soberbio alazán,
á mí se acercó un galán
revestido de armadura.
Sus ojos en mí clavando
con ansia me contempló...
Ya cerca, descabalgó
suelto á su corcel dejando.
«¡Voto á Dios; prenda de rey
eres, hermosa mujer!...»
exclamó: «Mía has de ser,
por mi gusto, que es mi ley...
Desde hoy tu dueño soy yo.»
Y apresándome en los lazos
de sus dos robustos brazos,
con un beso me afrentó.
Grito de furia lancé...
y de venganza sedienta,

devolviéndole la afrenta
su megilla golpeé
con terrible frenesí.
Soltó, lanzando un rugido
su presa al sentirse herido;
y hacia mi aduar corrí
cual corza que el miedo apura.
El, tras de mí caminaba,
mas correr no le dejaba
el peso de su armadura.
Tal demencia le cegó
codicioso de alcanzarme,
que á eso le debí salvarme,
pues su caballo olvidó...
y al quedarse muy atrás
gritó con voz iracunda:
«¡Que el infierno me confunda,
gitana... ó la pagarás!»

REY. No fué bueno el proceder
del hidalgo, que en amor
no hay que pecar de opresor
por gracia se ha de obtener.

ALELÍ. Llegó la noche. La luna
el aduar alumbraba.
Reunida la tribu estaba
celebrando mi fortuna.
De sencillo barro hecha,
mi padre al aire lanzó
un ánfora, y se estrelló
en mil pedazos deshecha.
Y dijo con voz vibrante:
«¡Al unirse esos pedazos
se podrán romper los lazos
que os atan desde este instante!
Deos el mundo regocijos
en la vida, más que abrojos,
y que cierren vuestros ojos
los nietos de vuestros hijos.»
Entonces, como bandada *(Con horror.)*
de tigres descadenados,
una turba de malvados
asaltó desenfrenada

nuestro campo. Con pavura
al hombre reconocí
de quien por la tarde huí,
que gritaba con voz dura:
«¡No quede rastro ni huella
de esta horda maldecida!...
¡Aquélla quede con vida
solamente... aquélla... aquélla!...»
Y temblorosa su mano
por la ira, señaló
el sitio en que estaba yo,
entre mi padre y Germano.
Los nuestros, que resistir
al número no podían,
apenas se defendían,
concluyendo por morir.
Y para colmo de horror,
mujeres, niños y ancianos
sucumbían á sus manos
del incendio al resplandor.
(Concluye el razonamiento con dolorosa exaltación.)

REY. ¡Oh, qué infame cobardía!
¿Conducirse tan artero
un cristiano caballero?...
¡Qué más un pagano haría! *(Impresionado.)*

ALELÍ. Y cuanto encuentra ante sí
aquel infame atropella,
repitiendo: «¡Aquélla... aquélla!»
Yo desmayada caí...
Vuelta en mí, con ansiedad
contemplé lo más cercano...
¡Muertos todos y Germano!...
¡Cenizas y soledad! *(Con espanto.)*
Y sola, entre tanto horror,
después de mucho llorar,
juré venganza tomar
del cobarde matador.
*Y partí al romper el día
*del destino maldiciendo,
*las palabras repitiendo
*que el asesino decía.
*Palabras que siempre fueron

*en mi oído resonando...
*que no olvido ni soñando...
*y que aquí se me esculpieron.
(Golpeándose el pecho.)

REY. *¡Desdichada! *(Aparte.)*

ALELÍ. * A la esperanza
*corrí sin norte ni guía...
*pero algo aquí me decía:
(Con la mano en el pecho.)
*«¡Ya darás con la venganza!»
*Otras cantan al gozar
*de dichas las almas llenas...
*A mí, mis amargas penas
*también me hacían cantar.
Pueblos y campos crucé
á mi enemigo buscando,
y cantando y mendigando
á la ventura vagué.
Esta mañana el destino *(Con gozo.)*
de burlarme se cansó,
y al infame colocó,
por fortuna, en mi camino.

REY. *(Rápidamente y con interés.)*
¿Y cómo fué?

ALELÍ. Yo salí
del Rivero al medio día.
Ví una tropa que venía
en dirección hacia mí.
Unas breñas que orillaban
el camino, me ocultaron.
A poco hasta mí llegaron
los que delante marchaban.
Resonó una voz... temblé...
(Con voz apenas perceptible.)
y me latió el corazón...
Las ramas con precaución
fuí separando, y miré.
No sé por qué presentí
que cerca el malvado estaba,
á quien en balde buscaba.
¡El era! ¡Le conocí! *(Con creciente alegria.)*
Uno de sus compañeros

le nombró... ¡Dicha cumplida!

REY. ¿Y era el infame homicida?... (*Rápido.*)

ALELÍ. El Conde de los Gameros.

REY. ¿Un noble así ha procedido?
¡Digna hazaña! Asesinar...

PADILLA. Ved, Señor...

REY. (*Con brío.*) ¿Quién va á abogar
en defensa de un bandido?
(*Pausa. Todos esquivan las miradas del Rey.*)
Termina, pobre mujer.

ALELÍ. Aguardé á que adelantaran
las tropas y se acamparan.
Ya muy tarde, sin poder
entrar por oculta senda,
por la fuerza me metí.
Tuvo compasión de mí,
y el camino de su tienda
un soldado me indicó.
Seguí con ansia infinita,
y la palabra maldita
iba murmurando yó.
Llegué. A la puerta velaba
de la tienda un centinela.
La rodeé con cautela,
y escuché... Dentro se hallaba.
¡Qué largos me parecieron
los momentos que pasaron! (*Con angustia.*)
Salieron dos... se alejaron...
y en el bosque se perdieron.
Con resolución me abrí
(*Rápida y con feroz alegría.*)
puerta los lienzos rajando
con mi puñal... Y saltando
como una tigre caí
á su lado... «¡Te encontré!...»
exclamo... «¡Me basto sola!»
¡Por entre el casco y la gola
todo el hierro le clavé!
(*Termina con salvaje alegría. Sordo rumor y movimiento en los soldados, que cesa ante la actitud del Rey.*)
«Aquella... Aquella...» decía
al matar... y también yó.

Fué la palabra que oyó
resonar en su agonía. (*Riendo convulsiva.*)

REY. (*Con generosa resignación.*)
¡Por Cristo. . bien muerto está!
(*Rumores.*) Eres libres. (*A Alelí. Rumores.*)

PADILLA. (*Admirado.*) ¿Y sin castigo?

REY. (*Con brío.*) Quien no acate lo que digo,
mis enojos probará.

PADILLA. Dirá el mundo...

REY. (*Con brío.*) Lo que quiera.
Si mi fallo no le agrada,
libre puede su mesnada
abandonar mi bandera. (*Pausa. Silencio.*)
Sin temor puedes marchar. (*A Alelí.*)

ALELÍ. Señor... (*Conmovida.*)

REY. Pero antes procura
la buena ó mala ventura
que me espera descifrar.
(*Tendiéndole la mano á Alelí, que hace un movimiento repulsivo.*)
¿Tú ignoras?

ALELÍ. Puedo decir
lo que sepa. No adivino.

REY. Qué... ¿No lees el destino?

ALELÍ. Tan sólo sé deducir,
por las rayas de la mano,
lo que puede suceder.
(*Extrañeza del Rey.*)
¡Lo cierto, sólo saber
toca al Padre Soberano.

REY. (*Dándole la mano.*)
Mira, y sin temores, dí
lo que esa palma predice. (*Alelí dudando.*)
Nada hay que me atemorice...
nada me sorprende á mí.
(*Mucha expectación de parte de todos los personajes. Alelí, después de examinar la mano del Rey, dice lenta y melancólicamente*).

ALELÍ. Difuso el surco de *suerte*.
Esta es la línea de *vida*,
y está en su *centro* partida
por el surco de la *muerte*. (*Pausa.*)

REY. ¿Qué más? *(Con cierta preocupación.)*
ALELÍ. *(Bajando la cabeza. Pausa.)* Nada más, señor...
REY. *(Contemplando su mano con amarga ironía.)*
¿Me predices vida corta?
La muerte poco me importa... *(Transición.)*
yo la espero sin temor.
Toma. *(Ofreciéndola una bolsa.)*
ALELÍ. ¿Qué me dáis ahí?
REY. ¿Pues que he de darte? Dinero.
ALELÍ. ¿Y yo para qué lo quiero *(Rechazándola.)*
si todo me sobra á mí?
Por el mundo vagaré
buenas venturas diciendo,
y cantando y sonriendo
mi existencia acabaré.
Que mi predicción fatal
sin realizarse se quede,
y Aquél, que todo lo puede,
(Elevando la mano al cielo)
os libre de todo mal.
REY. Padilla, guiadla vos.
ALELÍ. Mucha ventura os deseo.
REY. Yo, que olvides.
ALELÍ. No lo creo.
REY. Alelí, ¡guárdete Dios!
(Vánse Padilla y Alelí por la derecha abajo.)
(Los Capitanes y soldados se retiran por diferentes lados. Han concluído de levantar las tiendas. Empiezan á salir las tropas en formación y á cruzar de izquierda á derecha. El Rey ha quedado solo en el proscenio.
Yo no acierto á definir
cómo esa pobre mujer
puede lo cierto entrever
de lo que está por venir.
¡Quimeras! Como soñé
(Sonriendo melancólicamente.)
con las nubes y la estrella...
y ella iba diciendo... «aquella...»
(Pausa.) ¿Y, lo demás?..
(Después de otra corta pausa, dice con profundo convicción.)
¡Visión fué!

Los odios se precipitan
sobre mí. Valor me abona,
y no pierdo la corona
si la vida no me quitan.
¡A luchar con decisión
contra la suerte! ¡Es mi sino!
Para batir al destino
fe me sobra y corazón.

(Gran movimiento de tropas y máquinas, y cae el telón.)

FIN DEL PRIMER ACTO



ACTO SEGUNDO

Sala de honor de un antiguo caserón solariego.—Puerta al fondo.—Dos á la izquierda. A la derecha, una ventana grande. Mesa, sillón y taburetes de roble.

ESCENA PRIMERA

DON GUILLÉN *asomado á la ventana, y* LEONOR *al otro extremo de la escena, pensativa.*

GUILLÉN. El sol derrama sus luces
sobre nuestros ricos campos,
y fresca brisa mitiga
los ardores de sus rayos.
Mira, Leonor, cuál riela
en ese limpio remanso,
que aumentan hilos de plata,
que serpentean bajando,
ligeros de peña en peña
desde la cumbre hasta el llano,
y forman bullente río
que al mar se va deslizando.
Mira esa sábana inmensa
de espigas que ya doraron
del sol el fuego candente
y á su calor se engranaron.
Y como contraste hermoso
de colores, los castaños,
que cuentan siglos de vida,
enredan sus fuertes brazos

y hacen bóvedas caladas
de esmeraldas y topacios.

LEONOR. *(Que se ha acercado lentamente.)*
Padre...

GUILLÉN. *(Saliendo á su encuentro.)*
¿Qué tienes, mi alma?
Díme, ¿por qué están nublados
tus ojos por sombra extraña?

LEONOR. Padre mío...

GUILLÉN. Por San Yago,
nuestro patrón, mucho siento
no brillen en tu tocado
ricas y lucientes joyas
para aumentar tus encantos.

LEONOR. Padre, por Dios, en más precio
mi humilde traje de paño,
las flores que en mi jardín
corto con mis propias manos,
que espléndida pedrería
y el ámplio brial bordado
que lucen en la ciudad
las doncellas de alto rango.
Que si ostentan sus preseas
en festines y saraos,
entre torrentes de luces
gallardas danzas bailando
de las arpas al compás...
cuando ese fulgente astro
entre gasas de arreboles
manda sus dorados rayos
á la verde enredadera
de mi balcón, que llenaron
gruesas gotas de rocío...
los jilgueros con sus cantos
al sol saludan, y llenan
de armonía los espacios.
¿Qué más quiero, padre mío,
si conciertan mi regalo
la madre naturaleza,
el sol, rocío y los pájaros?

GUILLÉN. A las fiestas del patrón
al cerrar la noche vamos.

Habrá grande ceremonia
y procesión, que el Prelado,
con sus ricos ornamentos
guarecido bajo el palio,
ostentará por las calles
á Jesús Sacramentado.
Las calles recorrerán,
altas proezas narrando
al compás de sus laudes,
trovadores afamados
entre romeros que vienen
de Roma peregrinando.
Habrá luminaria, hogueras,
y danzas de los villanos
al son de gaita y tambor
con algazara y con saltos.
Ya verás cuál te diviertes
mañana, mi dulce encanto.

LEONOR. ¡Ay, padre! *(Suspirando.)*

GUILLÉN. ¿Piensas que ignoro
de tu tristeza el arcano?

LEONOR. ¡Cómo!... Padre, ¿qué decís? *(Sobresaltada.)*
Yo... No os comprendo... Yo...

GUILLÉN. *(Sonriendo.)* Vamos...
Mira que amor que se oculta
entre sombras, puede acaso
ser torpe amor.

LEONOR. *(Con dignidad.)* Eso nó...
Alta la frente levanto.
Nada temáis.

GUILLÉN. *(Severo.)* Luego ¿es cierto?...

LEONOR. Sí, señor, ¿á qué ocultarlo? *(Ruborosa.)*
¡Amo con toda mi alma! *(Pausa corta.)*
Una mañana de Mayo
que de la iglesia cercana
después de haber escuchado
la primer misa, volvía
á nuestra casa, en el llano
me encontré con un doncel
seguido de tres criados.
Frases murmuró su boca
que ofendieron mi recato.

Yo proseguí mi camino;
pero él, cerrándome el paso.
«Villana,» me dijo, «espera....
que por tu suerte has hallado
la fortuna en tu camino.
Tengo un castillo en lo alto
de unas peñas, en el monte;
allí, solo está el milano...,
compañera necesita,
y puesto que la ha encontrado.
la hace su presa y la roba
á su nido solitario.»
Y acompañando la acción
á sus frases, con sus brazos
hizo á mi talle cadena,
á sus criados gritando...
«Al castillo.» Yo luchaba
contra el agresor en vano,
y lloraba.

GUILLÉN. *(Indignado.)* ¡Miserable!

LEONOR. Y entre todos me arrastraron
hacia el bosque... Mas de él
salió, con la espada en mano.
un caballero que al punto
acometiendo bizarro
á los infames, tras lucha
que duró corto intervalo.
los puso en fuga al instante.
que nunca el traidor es bravo.

GUILLÉN. Sin duda desde aquel día...

LEONOR. *(Bajando los ojos timidamente.)*
Varias veces nos hallamos
en la iglesia; y al tornar.
me venía acompañando...
Y palabras de ternura
que brotaban de sus labios.
acariciando el oído
al corazón penetraron.

GUILLÉN. Devaneos de doncel...
pasatiempos de muchachos.

LEONOR. No. padre; que mi Fernán
hizo ya cuarenta años,

y algunos hilos de plata
en su cabeza han brotado.

GUILLÉN. Casi te dobla la edad.

LEONOR. ¿Y qué importa? Le idolatro...
Que la débil pasionaria
con sus delicados brazos,
se adhiere al robusto pino
que abrigo le da y amparo
contra inclemencias del tiempo.

GUILLÉN. Y ese Fernán, ¿es?..

LEONOR. Hidalgo
de noble cuna. Es un Conde.

GUILLÉN. ¿Le conozco?

LEONOR. Nó.

GUILLÉN. Es extraño.
¡Un Conde, y no conocerle!
¿Es del país?

LEONOR. Castellano.

GUILLÉN. Súbdito será sin duda
de don Pedro...

LEONOR. Que agraviado
por su Rey, y perseguido,
contra su crueldad, amparo
busca en Galicia.

GUILLÉN. ¿Y por qué
no vino á pedir tu mano?

LEONOR. No es rico.

GUILLÉN. Lo mismo yo.
Nada importa; pero es claro
que el esposo de mi hija
los rencores olvidando,
por su legítimo Rey
pelear debe á mi lado.
Se lo dirás, y él resuelva
de tu destino.

LEONOR. A juraros
me atrevo, que por mi amor...

GUILLÉN. Hija, basta.

LEONOR. *(Pesarosa.)* ¿Os enojaron
mis palabras?

GUILLÉN. Nó. ¿Y Martín?

LEONOR. Aún no había alboreado

cuando cogió la ballesta,
y á sus sabuesos llamando,
por la puerta que da al bosque
se salió con ellos.

GUILLÉN. *(Sonriendo satisfecho.)* ¡Diablo
con el rapaz, que delira
con la caza el condenado!
¡Es valiente! ¡Mi Martín!
¡Me regocija el nombrarlo!

ESCENA II

DICHOS, BRAS, LEANDRO, *que hablarán con ligero acento gallego.*

BRÁS. ¡La paz de Dios!

GUILLÉN. Que El os guarde.

BRÁS. Y también á nuestro amo,
para que á todos nosotros
nos dé su ayuda y amparo;
que amo mejor no se encuentra
ni con candil en tóo el radio.
¿Es verdad? *(A sus compañeros.)*

LEANDRO. Pues ya lo creo.
¿Quién de señores bellacos
defiende nuestras haciendas
y las rapazas? Que cuando
alguno las golosina
con enredos y arrumacos,
primero les aconseja
que dejen á los villanos
tranquilos...

BRÁS. Y si no obedecen,
y vienen de tapujao
los señores tras las mozas...
Entonces... ¡voto á los diaños!..
les jura que les va á echar
del término á ballestazos.

LEANDRO. Nos consuela en nuestros males;
y si viene un año malo

y se pierden las cosechas,
no cobra lo que adeudamos.

BRÁS. Generoso como un préncipe,
para siembra nos da grano.
(En gallego más acentuado.)
Danos viño de sus coevas,
y deja nuestros rebaños
que pasten con libertad
de la yerba de sus prados.

GUILLÉN. Amigos, yo no merezco
elogios por lo que hago.

BRÁS. Pues no hacen toos lo mesmo;
que hay rico tan desalmao,
que no da ni sed de agua.
(Sentencioso.) Al señior que sea avaro...
¡que ú demu ú leve!

LEANDRO. Así sea.

BRÁS. ¡A don Guillén bendigamos!

LEANDRO. Y á Martín.

BRÁS. E á sua filla.

GUILLÉN. Si nos amáis, os amamos...
conque, en paz.

BRÁS. Eso es muy cierto:
y si intentasen dañaros
alguna vez, no quedaba
en el país hombre sano,
joven ó viejo, que al punto,
con rejas, hoces y palos,
no acudiera...

GUILLÉN. Lo agradezco;
y sé que si llega el caso...

BRÁS. Contar podéis con nosotros
como buenos.

GUILLÉN. *(Asaltado de una idea y sonriendo.)*
¡Voto al diablo!
Algo pretendéis pedir.

BRÁS. *(Con socarronería y rascándose la cabeza.)*
Señor... Mañana es san Yago,
nuestro glorioso patrón...
Y nosotros... deseábamos
oir la misa del alba
en la ciudad... Si el trabajo

dejásemos esta tarde...
aunque el camino es muy largo...

GUILLÉN. Marchad, que ya nos veremos
mañana allí. *(Dándole una bolsa.)*

BRÁS. ¡Viva el amo!

LEONOR. *(Bajando de la puerta del fondo.)*
Padre, ya llega Martín
y le sigue un caballero
que por su porte guerrero
soldado parece.

GUILLÉN. *(Con alegría.)* ¡Al fin!...
¡Sea el Señor alabado,
que acabó la cacería!

LEONOR. *(Idem.)* Aquí está ya.

ESCENA III

DICHOS, MARTÍN *y* REY, *que permanece en la puerta del fondo.*

MARTÍN. *(Abrazándola.)* ¡Hermana mía!

LEONOR. ¡Cuánto, Martín, has tardado!

MARTÍN. Pues culpa de un ciervo ha sido,
que quiso mi mala estrella
diera tarde con su huella
allá en el bosque perdido.
Por la espesura vagando,
fija en la tierra la vista,
en pos de una y otra pista
de hallarle desesperando,
volvía ya á nuestro hogar
por el más corto camino,
renegando del destino
que así me quiso burlar.
De pronto, rompe la gasa
de ramas verdes, la rés...
con alas en vez de piés
no huella el suelo que pasa.
Troncha con su armada frente
carrascales enredados,
y con saltos elevados
salta pujante y valiente

cuanto encuentra en su carrera,
que detrás se deja al viento.
Si me descuido un momento
desaparece ligera.
Pero le apunto en seguida
una jara á la cabeza,
y cae rodando la pieza
en roja sangre teñida.

LEONOR. ¡Loor al diestro cazador!

BRÁS. ¡El rapaz parece un hombre!
(Con alegria á los otros aldeanos.)

MARTÍN. Al tirar invoqué el nombre...

LEONOR. ¿De quién, Martín?

MARTÍN. *(Abrazándola.)* De Leonor.
Nunca que tu nombre invoco,
cual talismán de hechicero,
falla mi golpe certero,
Leonor mía.

LEONOR. Calla, loco.

MARTÍN. Partid y la res tajad *(A los Villanos.)*
para festín del camino,
porque esta tarde, imagino,
marcharéis á la ciudad.

BRÁS. Sí, pardiez; en comitiva
todos iremos.

GUILLÉN. Salid.

BRÁS. Y las gracias recibid
por el agasajo.

TODOS. ¡Viva! *(Vánse los villanos.)*

MARTÍN. Entrar puede el caballero *(A don Pedro.)*
en casa con libertad,
que en ella hospitalidad
siempre encuentra el forastero.

GUILLÉN. Vino viejo y un tasajo
tendréis para restaurar
las fuerzas.

REY. Sin vacilar
admito vuestro agasajo,
y aparte el empacho dejo,
que tomaré de buen grado
el tasajo acecinado
y un jarro de vino añejo

(Leonor cubre la mesa, poniendo en ella viandas, jarros y cubiletes.)

GUILLÉN. Mi nombre...
REY. Me es conocido.
GUILLÉN. Mi condición...
REY. Ya la sé.
Vuestro hijo, de todo á fe
hace poco me ha instruído.
Yo me llamo Pedro Ley.
Soy Capitán castellano
y acompaño, como es llano,
á mi legítimo Rey...
GUILLÉN. Que tiene su campamento
á pocas leguas de aquí.
REY. Hoy mandará desde allí
á Santiago un parlamento.
GUILLÉN. ¿Y no podía saber
á qué venturoso azar
de acogeros en mi hogar
debo el inmenso placer?
REY. Sí, por cierto. Esta mañana
apenas doraba el sol
las cumbres con su arrebol,
rompiendo tules de grana...
anhelando respirar
los aires embriagadores
que á las campesinas flores
su esencia logran robar,
abandoné el campamento,
y á la ventura vagando,
prados y montes cruzando,
embebido el pensamiento
con recuerdos del ayer
y ensueños del porvenir,
se pasaron sin sentir
las horas. Quise volver
á mi campo... ¡Vano afán!
que en la espesura perdido
de ella no hubiese salido
fácilmente, por San Juan.
Camino en balde busqué,
y rendido y despechado,

sobre un tronco derribado
por último me senté.
A poco de estar allí,
oigo en el bosque rumor,
y rompiendo su espesor
á este joven salir ví.
Después de haberme escuchado,
brindóme con su morada
y acepté: ya está acabada
mi narración.

GUILLÉN. Pues á un lado
cumplidos, buen caballero,
y á la mesa.

REY. No resisto,
que el cansancio, ¡vive Cristo!
hambriento me tiene.

(Siéntanse los tres, ocupando el Rey el centro.)

Pero,
esta joven tan galana,
también debe...

LEONOR. Escanciaré. *(Lo hace.)*

GUILLÉN. Ya yantamos. *(Por sí y por Leonor.)*

REY. *(A Martín.)* Por mi fe
que es hermosa vuestra hermana.

(Leonor se inclina graciosamente.)

(Comen y beben. Leonor, aprovechando un momento de distracción de los interlocutores, sale por la puerta del fondo.)

MARTÍN. ¿Conque don Pedro ha venido
á Galicia?

REY. Sí, por Dios.

GUILLÉN. ¿Con intento según vos?..

REY. De ver cómo es acogido.

GUILLÉN. Pues con franqueza os diré,
que hay en la tierra infanzones
que seguirán los pendones
de don Enrique.

REY. Lo sé.

GUILLÉN. Y otros, en cambio, los menos,
pero son los más honrados,
combatirán denodados
por don Pedro, como buenos.

El clero... podéis pensar *(Irónico.)*
que casi todo en rigor,
pasará al bando traidor,
pues no puede tolerar
que haya un Rey tan justiciero,
que si delinquen, condena
é impone debida pena
á un fraile como un á pechero.

REY. *(Mirándole con fijeza.)*
¿Y vos opináis que están
en lo justo, no es así?

GUILLÉN. ¡Por quién me tomáis á mi? *(Con dignidad.)*
No soy traidor, Capitán.
En mi prosapia no habido
ni un cobarde ni un felón.

REY. Si el Rey no tiene razón
¿no estará bien combatido?

GUILLÉN. Razón le sobra, y derecho
justamente que le abona,
porque suya es la corona...
Combatirle no es bien hecho.
Los que al Monarca aborrecen.
le motejan de cruel,
y abultan lo malo en él
y lo bueno empequeñecen.
Si cada feudal, señor,
es un tirano en el día,
que á sus siervos á porfia
esclaviza con rigor...
¿por qué á don Pedro culpar
de lo mismo que hacen todos?
Los nobles, de iguales modos
usan para gobernar.
Pero como él los domine.
y sujete al alto clero,
y al pueblo ampare, yo espero,
que luego como termine
la rebelión de su hermano,
ha de alcanzar, por mi nombre,
tal fama, que al mundo asombre
el valiente Soberano.

REY. *(Reprimiendo apenas la alegría.)*

Bien, don Guillén. Veo con gozo
sois un noble á quien no guía
la traición ni la falsía;
oyéndoos me alborozo.
Yo, mañana, en la ciudad,
al Rey presentaros quiero,
que es justo que el *justiciero*
conozca vuestra lealtad.

GUILLÉN. Será como lo queréis:
mas, por Dios, que me empalaga
que crea que busco paga
obrando así.

REY. No penséis
que es don Pedro de tal porte
que no distinga al momento
el noble merecimiento
de los ardides de corte.

MARTÍN. ¿Y el Rey manda un mensajero
al Arzobispo?

REY. Sí, tal.

GUILLÉN. Quizá le reciba mal.

REY. ¿Por qué?

GUILLÉN. Porque es altanero...
¿Quiere el Rey?...

REY. Su pleitesía,
como es justo, y su homenaje.
¿Es don Suero?...

GUILLÉN. *(Con sarcasmo.)* Un personaje
de muchísima cuantía
en Galicia. Me figuro,
aunque debe, á la verdad,
dar ejemplo de lealtad,
que lo haga no es muy seguro.
Cuando más, y como honor,
si don Suero al Rey espera,
lo ha de hacer, como lo hiciera
un señor á igual señor.
Con gran pompa y cruz alzada...
pero no prescindirá
del alarde y llevará
detrás toda su mesnada,
porque pueda conocer

el Rey, por si le conviene,
que es Arzobispo que tiene
más del preciso poder.
Blandió la lanza, valiente,
cuando joven, y con gloria
el laurel de la victoria
conquistó para su frente.
De desmedida ambición,
viendo que alcanzar podía
en la iglesia jerarquía,
se hizo Abad... sin vocación. *(Irónico.)*
Cauteloso é intrigante;
con nobles emparentado
poderosos, ha logrado
en poco tiempo, triunfante,
á la postre arzobispar.

REY. Y... ¿cambió?

MARTÍN. Sigue tan fiero.

GUILLÉN. Puede quebrarse el acero;
más no se dobla, es probado.
¿Sobreviene una asonada
por un motivo cualquiera?
Hecha su mesnada fuera
y vence á fuerza de espada.
Y más que nunca apegado
á los goces mundanales,
se celebran saturnales
en la mansión del Prelado.
Si puede, deja un sermón
por alegre montería
y monta con bizarría
en un fogoso bridón.
En vez de usar la templanza
y predicar la concordia,
su elemento, es la discordia,
y su placer, la venganza.
(Movimiento de extrañeza del Rey.)

MARTÍN. No penséis le juzga mal.
El Arzobispo don Suero
es un lobo carnicero
bajo una capa pluvial.

REY. Pues como el Rey de Castilla,

además de bravo, es terco...
á Santiago pondrá cerco
y lo asalta y lo aportilla.
Y entrándolo á sangre y fuego,
aunque al mundo cause asombros,
en medio de sus escombros
un cadalso alzará luego,
donde á toques de atambor
para el delincuente honrar,
hará al punto degollar
al Arzobispo traidor.

MARTÍN. Sólo al pensarlo, me arredro. *(Con temor.)*

GUILLÉN. ¿Y si el Papa cartas toma?

REY. *(Con un arranque de arrogancia.)*
El Padre Santo, allá en Roma...
En su tierra, el Rey don Pedro.

GUILLÉN. El Papa llevará á mal...

REY. *(Con mucha ironía.)*
No hay en el mundo justicia
que iguale á la pontificia
en lo elástica y parcial.
Todo, á su propio decoro
sacrifica, y por su cuenta...
Y todo lo toma á afrenta
como no produzca oro. *(Pausa.)*
Los Monarcas de Aragón
y de Castilla, tuvieron
disturbios que decidieron
llevar á marcial cuestión.
El Pontífice, inclinado
á terminar la rencilla,
á la corte de Sevilla
mandó en su nombre un legado.
que á don Pedro prohibiese,
so pena de excomunión,
hacer la guerra á Aragón
y á su Rey satisfaciese.
¿Decid, si para acertar
el Santo Padre aquel día,
no debiera en rebeldía
á los dos excomulgar?

MARTÍN. ¿Don Pedro, qué respondió?

REY. Que él á la paz se allanaba
si el de Aragón la aceptaba,
pero de otro modo, nó. *(Pausa.)*
Tres meses van á cumplir
que cabalgaba en Sevilla
el Rey don Pedro á la orilla
del río Guadalquivir.
Era un día de recreo
de la alegre primavera,
y estaba la corte entera
engalanada en paseo.
En revuelta confusión,
por aquellas enramadas
las damas más elevadas
sin paje ni rodrigón,
vagaban á la ventura
entre las lindas villanas
disputándose, galanas,
el premio de la hermosura.
Si aquéllas, seda y brocados
y brillante pedrería
ostentaban en tal día
en vestidos y tocados...
las segundas, más sencillas,
ataviadas con flores,
sus sonrosados colores
llevaban en las mejillas.
Morenas de negros ojos,
tan negros como el penar...
Rubias de dulce mirar
que á los cielos dan enojos...
Matronas de airoso porte...
Doncellas de esbelto talle,
que en paseo y en la calle,
son gala de aquella corte.
Muchos nobles caminar
míranse á pie y en caballos
que hacían sus duros callos
las piedras polvo al piafar.
Y zagalas y aldeanos,
soldados y menestrales,
artesanos y curiales,

pajes, dueñas y villanos...
En fin, ese gran monton
confuso y excepcional
que en día de festival
da una grande población.
Acá, frase intencionada...
Lejos, cántiga amorosa...
La plegaria fervorosa...
Vòtos de gente de espada...
El laud y las vihuelas
se oyen alegres tocar
en las frondas... Resonar
panderos y castañuelas.
Y de su Giralda ufanas,
sueltas en loco volteo,
con alegre clamoreo
repicaban las campanas.
Figuraos la alegría
de cuadro tan animado
soberbiamente alumbrado
por el sol del Mediodía...
que tienen los andaluces
en sus vergeles de amores,
para aumentar sus primores,
cántigas, flores y luces.

MARTÍN. ¡Vive Dios, que de escuchar, *(Gozoso.)*
se exalta mi fantasía!.

REY. Aguardad, que todavía
algo falta que narrar.
Al ver aquel movimiento
de general alegría,
el Rey don Pedro sentía
el contagio del contento.
Los rayos del sol luciente,
las brisas llenas de olores
de las variadas flores
acariciaban su frente.
Casi tocaba en la orilla
del río, cuando advirtió
un esquife que avanzó
cortando el agua su quilla.
En mitad de la corriente

paró la barca y de pie
sobre la popa se vé
un Cardenal que imponente
dijo: «¡Pedro... Execración
eres del mundo y espanto;
yo, en nombre del Padre Santo.
te lanzo su excomunión!
¡Sea maldito cuanto mires,
ejemplo de los tiranos...
y cuanto toquen tus manos...
y hasta el aire que respires!
Tus siervos te negarán
guarida bajo su techo...
el fuego... el agua y el lecho...
y aun el necesario pan.
Si alguien, de infame ralea,
oyese el conjuro en vano...
¡del Pontífice romano,
como tú, maldito sea!»

MARTÍN. ¿Y el Rey? *(Aterrado.)*

REY. Desnudó el montante:
lanzó su potro en el río
arremetiendo con brío
hacia el bote, que al instante,
por los remos impulsado,
y á favor de la corriente,
evitó que el *Eminente*
muy mal lo hubiera pasado.

GUILLÉN. *(Después de una pausa.)*
¡Mala jornada!

REY. *(Sonriendo.)* ¡Aprensión!
Ya todo se arreglará,
y el Papa se templará
alzando la excomunión.
Un brindis de despedida.
Voy á partir.

GUILLÉN. Aceptado.

MARTÍN. ¡Que al Monarca excomulgado
Dios conceda larga vida!
(Beben y se levantan.)

GUILLÉN. ¡Muy bien dicho, rapazón!
¡Eres bueno! *(Abrazándole.)*

MARTÍN. Tu hijo soy.

REY. *(Entre los dos y dándoles las manos.)*
Y yo, por don Pedro, os doy
las manos con efusión,
que mañana nos veremos
en Santiago.

GUILLÉN. Bien.

MARTÍN. Sí.

REY. Vuestra hija no esta aquí.
(Buscándola con la vista.)

GUILLÉN. A la puerta la hallaremos
y os despedirá también
como es justo, descuidad.
Fundóse nuestra amistad.

REY. Para siempre, don Guillén.

ESCENA IV

La escena permanece un momento sola. Luego sale DON SUERO *en traje de caballero y* LOPE. *Entran recatadamente por la puerta primera de la izquierda.*

SUERO. No hay nadie. La noche pronto
tenderá las negras alas,
prestándome su favor
con sus sombras y su calma.
¿Y Fortún?

LOPE. Quedó allá fuera
oculto tras unas matas,
por si acaso viene alguien
avisarnos sin tardanza.

SUERO. (Ya no más vacilación. *(Aparte.)*
Que me siga.) *(Alto.)* Mira, avanza
del sol la puesta, y si pronto
no nos ponemos en marcha,
puede fracasar el plan.

LOPE. La razón no se me alcanza...

SUERO. ¿Si vuelven padre y hermano?..

ESCENA V

DICHOS, FORTÚN, *puerta izquierda.*

¿Fortún aquí? ¿Pues qué pasa?
¿Viene alguno?

FORTÚN. No, señor.
Sola se queda á Dios gracias
doña Leonor por buen rato.
Los Churruchaos acompañan
al bizarro caballero
que de bravo tiene estampa,
hasta dejarle en camino
del Rivero.

SUERO. ¿Oiste?..

FORTÚN. Nada
más que lo que he dicho.
Luego se vuelven á casa.

LOPE. En llegar hasta el crucero
y volver hasta aquí tardan
el preciso tiempo.

SUERO. Idos,
y la gente preparada
á mi voz, por esa puerta.

LOPE. Está bien.

SUERO. Se acercan. *(Mirando por el fondo.)*

LOPE. *(A Fortún.)* Marcha. *(Vánse.)*

ESCENA VI

DON SUERO *y* LEONOR, *que entra sin verle.*

SUERO. (Ahora veremos, Leonor,
si es verdad que tanto amas.) *(Aparte.)*

LEONOR. Aprestemos lo preciso
para la partida.

SUERO. Aguarda.
¿Dónde vas sin prevenirme?...

LEONOR. ¡Fernán mío! *(Muy gozosa.)*

SUERO. ¿Adónde, ingrata?
LEONOR. A la ciudad, con Martín
y con mi padre.
SUERO. Bien pagas
el amor que por tí siento.
¡Justo premio á mi constancia!
LEONOR. ¿Qué dices, Fernan? *(Con extrañeza.)*
SUERO. Que en tanto
yo te adoro... tú... me engañas.
LEONOR. Vé que me ultraja tu labio.
SUERO. Pues qué, ¿de partir no acaba
un caballero de aquí,
noble y galán? ¿Por qué causa
vino á veros?
LEONOR. *(Con alegría.)* ¿Tienes celos?
SUERO. Celos tiene quien bien ama...
Y yo, Leonor, que te adoro
con delirio... hasta del aura
que juguetea en tus rizos;
de las flores que engalanan
esa frente de azucena;
y hasta de la tersa lámina
de acero, donde te miras
y tus encantos retrata,
tengo celos... Que unas besan
tus rizos, tu frente blanca;
y la otra entero absorbe
el fulgor de tus miradas.
¿Pero ese hidalgo? *(Receloso.)*
LEONOR. Un encuentro
que ha tenido esta mañana
Martín, cazando. Ya nunca
le veré.
SUERO. ¡Que Dios lo haga!
Porque si nó...
LEONOR. La sospecha
es injusta. Antes faltara
la luz al sol, Fernan mío,
que tu Leonor te olvidara.
SUERO. Perdóname, si mi labio
te ofendió. La suerte aciaga
(Tomándole la mano.)

que constante me persigue,
me hizo receloso.

LEONOR. Calma
esas dudas que te acosan.
Ya la hora está cercana
que tu destino y el mío
una por siempre ante el ara
un ministro del Señor.

SUERO. ¿Leonor, qué dices? *(Espantado.)*

LEONOR. Que nada
á nuestra dicha se opone.
Mi padre, que me idolatra,
sabe mi amor, y tú debes...

SUERO. ¿Qué has hecho, desventurada?
¡Confesarle mi secreto!

LEONOR. ¿Y qué importa, si lo guarda?

SUERO. En tanto que no recobre
mis feudos; que no rehaga
mi opinión, que ahora se encuentra
ante el mundo mancillada,
no puedo decir mi nombre
sin que á mi semblante salga
con las tintas del rubor
el rencor que aquí se guarda.
(Golpeándose el pecho.)

LEONOR. No te comprendo, Fernán. *(Apenada.)*

SUERO. Harto lo sé. *(Pausa.)*

LEONOR. Por Dios, habla.
Concluyan estos misterios.

SUERO. ¡Plegue á Dios que terminaran!

LEONOR. ¿No eres noble?

SUERO. Noble soy.

LEONOR. ¿Eres traidor?

SUERO. Ni una mancha
nubla el cuartel del escudo
hasta hoy de mi noble raza.

LEONOR. ¿Y tu nombre? *(Con anhelo.)*

SUERO. *(Pausa.)* No es Fernán.

LEONOR. No te entiendo. Sombra extraña
confusa va penetrando
en mi cerebro, que amaga
á perturbar mi razón.

SUERO. Aún pueden recorrer plácidas
para nosotros las horas
como tú quisieras.

LEONOR. Habla.

SUERO. ¿Tu amor es firme?

LEONOR. ¿Lo dudas?
Pruebas pide á mi constancia.

SUERO. *(Cogiéndola de la mano la dice con insinuante ternura.)*
La palmera crece altiva
y con orgullo levanta
su alta copa y desafía
á vendavales gallarda,
porque ve á su compañera,
que cerca ó lejos, sus palmas
también extiende orgullosa
y satisfecha al mirarla.
Cambia el viento sus caricias,
y los gérmenes que guarda
su flor, de vida, también
siempre enamoradas cambian,
y se cubren de racimos
del color de la esmeralda,
que dora el sol con sus rayos
y besan las brisas blandas.
¡Pero ay, si mano inclemente
ó el rayo su tronco tajan!
Si una queda, dura un día...
quizá un año... Solitaria
al encontrarse en la tierra,
pierde el verdor... y sus ramas,
mustias y secas, sin fruto,
se abaten al suelo lacias,
y sin vida se derrumban,
que el dolor seca su savia.
Yo de tu amor necesito. *(Con pasión.)*
Si á persuadirme llegara
de que había de perderte,
presto con mi propia daga
de la cárcel de mi pecho
diera salida á mi alma.

LEONOR. Fernán, jamás de tu labio
escuché tales palabras.

No te entiendo.

SUERO. Leonor mía,
rompiendo las duras trabas
que el mundo imponernos quiso
y tiránicas nos atan,
las venturas del edén
aún nos están reservadas.

LEONOR. Yo no sé... No te comprendo.

SUERO. En tí cifro mi esperanza.
Escúchame. No muy lejos,
hay una oculta morada
que en el centro de una selva
sus murallones levanta
del mundo desconocida
y que á los dos nos aguarda.
¡Ven á embellecer el nido
que mi pasión te prepara!

LEONOR. ¿Qué me propones, Fernán? *(Con indignación.)*
¡Que al lodo arroje mi fama!
¡Torpe amor que así discurre!
Las mujeres de mi raza,
de un hombre van á los brazos
después que en el ara santa
la bendición del eterno
con fuerte lazo los ata.

SUERO. ¡Gran cariño! *(Con desdén.)*

LEONOR. *(Apasionada.)* ¡Grande!.. ¡Grande!..
cuando aún lo siento en el alma...
Cuando ya no se ha extinguido
al oir esas palabras
que mi semblante enrojecen.

SUERO. Un huracán aquí brama *(El pecho.)*
que si llega á desbordarse
y furioso se desata,
nada podrá contener.
Ven, Leonor. *(Queriendo asirla la mano.)*

LEONOR. *(Retirándose.)* Déjame, aparta;
que no eres lo que presumes,
ni en tus venas sangre hidalga
puede correr.

SUERO. ¡Yo te adoro!

LEONOR. Es mentira... Quien bien ama,

no deshonra.

SUERO. Es que no puedo
mirar mi pasión lograda
si no es así, te lo juro.
Sígueme, Leonor.

LEONOR. Ya basta.
Da al olvido mi cariño...
Yo el tuyo, nunca.

SUERO. ¿Y me mandas
que te olvide, siendo mío
tu albedrío? Antes me parta
un puñal el corazón.
Has de seguirme.

LEONOR. Repara
que sin dejar de quererte,
te desprecio. Al fin acaba
el desprecio en desamor.
Mi padre cerca se halla.
Va á volver, y con mi hermano.

SUERO. Antes mis brazos te arrancan
de este sitio. *(Cogiéndola con violencia.)*

LEONOR. ¡Miserable!

(Se desase de sus brazos y corre hacia la puerta del fondo, donde se encuentra con su padre.)

ESCENA VII

DICHOS, DON GUILLEN.

¡Ah, padre mío!

GUILLÉN. ¡Hija amada!
¿Quién es el mal caballero
que se atreve á violentar
la inmunidad del hogar?
Al punto saberlo quiero.
¿Es por ventura el galán *(Irónico.)*
que ha tiempo te defendió
de un raptor? Pues ya igualó
en traición á aquel rufián,
si es que tal acción no fué

preparada diestramente
para llegar hábilmente
á conquistarse tu fé.

SUERO. *(Que se ha embozado al entrar don Guillén.)*
¿Esa sospecha infamante?..

LEONOR. No, padre. *(Con gran emoción.)*

GUILLÉN. Nada te asombre.
¿Por qué no dice su nombre
y me recata el semblante?
Para que honrado le crea,
venga aquí con hidalguía
á la clara luz del día
y cuando el mundo le vea.
Si no, con justa razón
he de creer, ¡vive el cielo!
que quien entra con recelo
en esta noble mansión,
usando nombre fingido
con el rostro recatado,
no viene con fin honrado
y puede ser un bandido.

SUERO. ¿Bandido? ¡Tal deshonor!.. *(Con ira.)*

GUILLÉN. Es tan ladrón, no le ofenda,
el que nos hurta la hacienda
como el que roba el honor.
El primero, preparada
la horca tiene, á no dudar.
Al segundo, hay que matar *(Sarcástico.)*
noblemente con la espada.
¿Que no sois de éstos? Me allano
á creerlo sin rebozo.
Echad abajo el embozo
y tendedme vuestra mano.
Que pagando vuestro amor,
si mancha alguna no infama
vuestro escudo, y ya que os ama,
vuestra será Leonor.

LEONOR. Si no codicia otro bien. *(Con íntimo gozo.)*

SUERO. No me puedo descubrir
ni mi nombre he decir.
Excusadme, don Guillén.

GUILLÉN. Aunque el hidalgo no quiera

le tengo de conocer.

SUERO. ¿Y eso cómo podrá ser?

GUILLÉN. ¡Vive Dios!... de esta manera.

(Arrancando violentamente á don Suero el embozo. Don Suero está cerca de la ventana, con objeto de que pueda ser reconocido á la escasa luz de la tarde que entra por ella.

¡Jesucristo! *(Espantado al conocerle.)*

SUERO. *(Rugiendo.)* ¡Maldición!

LEONOR. ¿Qué hicisteis? *(A su padre, aterrada.)*

GUILLÉN. Lo que debía.

¿Erais vos? *(A don Suero.)* ¡Quién lo diría!

SUERO. *(Corriendo á la puerta de la izquierda, y gritando frénetico.)*

¡A mí... todos!..

GUILLÉN. *(Despreciativo.)* ¡Qué traición!

LEONOR. *(Abrazándole al ver que saca la espada.)*

¡Piedad!.. ¡Padre!..

SUERO. Lo ha querido.

ESCENA VIII

DICHOS, LOPE, FORTÚN *y servidores de* DON SUERO *armados.*

SUERO. De los dos apoderaos

en el momento. *(A los suyos.)*

GUILLÉN. *(Pasando á su hija á su lado y cubriendo la puerta de la izquierda.*

Acercaos.

Os espero decidido.

Esta puerta guardo yo

y nadie la ha de pasar.

Por aquella, va á llegar *(La del fondo.)*

muy pronto mi hijo.

SUERO, *(Con ira.)* ¡Oh!

GUILLÉN. Y por los dos acosados,

verán cómo han de salir

de este sitio, sin morir,

esa turba de malvados.



ACTO TERCERO

El teatro representa una pequeña biblioteca del Palacio Arzobispal. Unidos al testero de la izquierda, hay una mesa y sillón blasonados con las armas de los Toledos. También en el mismo lienzo de pared, encima de la mesa y al alcance de la mano, habrá una gran panoplia con armas y banderas. Puerta al foro y á la izquierda, en segundo término. A la derecha, en la estantería, otra secreta.

ESCENA PRIMERA

Aparece LOPE; DON SUERO, *saliendo por la puerta izquierda vestido de Arzobispo.*

SUERO. ¿Mis órdenes?
LOPE. Se cumplieron.
Y en el punto que anochezca
de aquí sacaré á la dama
con sigilo.
SUERO. Ten en cuenta
que la gente que te ayude...
LOPE. No temáis: será discreta.
SUERO. Á mi castillo roquero
la llevarás.
LOPE. Bien.
SUERO. Prudencia.
Juegas tu suerte ó la vida.
LOPE. Mi vida, señor, es vuestra.
SUERO. Parte á prevenirlo todo.

ESCENA II

DON SUERO. *Pausa.*

Tregua, rebelde conciencia.
Parece que el corazón
romper su cárcel intenta. *(Pausa.)*
¿Por qué la ví tan hermosa?
¡Aún mis ojos la contemplan
prosternada ante el altar
como los ángeles bella!
(Progresivamente crece su exaltación.)
¡Aquellos azules ojos,
cielos que luces reflejan
que parten del corazón
y hasta el corazón penetran!...
¡Aquellos rizos de oro,
formando rica diadema
á su frente hermosa y pura
más blanca que la azucena!...
¡Aquellos rojos claveles
que guardan menudas perlas,
al murmurar la oración,
parece que amantes besan!
Sentí en mi rostro su aliento
de perfumadas esencias...
Quise orar... Inútilmente.
No subían á la lengua
del rebelde corazón
más que frases de terneza.
De hinojos caí en el suelo,
y al altar con ánsia inmensa
llevé anheloso la vista
buscando la Madre excelsa
del Salvador... y su imagen,
tomando forma diversa,
no era la Madre de Dios,
no era María... ¡Era ella!
De entonces fué inútil todo...
porque del averno presa...

loco maldije mis votos.
Este talar me atormenta...
el templo me aterroriza...
y cuanto poseo diera
por ser libre. Una cabaña
y su amor... y luego venga,
por un instante de dicha,
la condenación eterna.
(Haciendo una transición, exclama.)
¡Señor... confunde al blasfemo!
¡Acaba con mi existencia!
(Cae en el sillón, sepultando el rostro entre las manos.—Pausa.)

ESCENA III

DICHO; LOPE *por el fondo.*

LOPE. Señor... señor.
SUERO. *(Sin volverse.)* ¿Por qué vuelves
sin que llame?
LOPE. Vuestra venia,
un mensajero del Rey
de Castilla, aguarda fuera.
SUERO. ¡De don Pedro! ¿Luego es cierto
que á Santiago se acerca?
No viene en buena ocasión
aquí su enviado.
LOPE. ¿Entra?
SUERO. Que espere. Díle que ahora
estoy orando. *(Vase Lope.)* Que vea
no tengo en verle gran prisa.
Mala acogida le espera.
¿De mí qué pretenderá?
¡Se confunden mis ideas!

ESCENA IV

DON SUERO *vuelve á insimismarse. Después de un momento de silencio se abre sigilosamente la puerta secreta y aparece en ella* MARTÍN *envuelto en un tabardo. Avanza con cautela hacia don Suero.*

MARTÍN. Aquí está. No ha de valerte
contra mi justo furor
nadie en la tierra. ¡Valor,
y que se cumpla su suerte!
(Contemplando con gozo el pomo de la espada que empuña.)
¡Con qué gozo te acaricia
mi mano! ¡Momento ansiado!
Mi brazo será guiado
por la divina justicia.
No haya paz entre los dos.
¡Tiene armas en qué elegir;
(Señalando la panoplia.)
debo matar ó morir,
y después, ¡que juzgue Dios!
Arzobispo. *(Alzando la voz.)*

SUERO. *(Incorporándose.)* ¿Quién se atreve
á llegar á mi presencia
hasta aquí sin mi licencia?

MARTÍN. Quien puede hacerlo, y quien debe.
(Con mucha entereza pero sin gritar.)

SUERO. ¿Mi gente permitió osada
atropellando el respeto?...

MARTÍN. *(Después de un signo negativo, señala á la puerta secreta, que permanece abierta.)*
Ese corredor secreto
me facilitó la entrada.
(Movimiento de asombro de don Suero.)
Por ahí la inicua asechanza
sale y el libertinaje...
hoy entran por tal paraje
la justicia y la venganza.

SUERO. No os entiendo. *(Receloso.)*

MARTÍN. *(Con ironía.)* No es extraño;
pero ya me entenderéis.
SUERO. ¿Qué buscáis, ó qué queréis
ahora de mí?
MARTÍN. Vuestro daño.
SUERO. ¡Mi daño!
(Asaltado de una idea y alargando la mano á la panoplia para coger un arma.)
¿Venís tal vez,
por tan oculto lugar,
con objeto?..
MARTÍN. *(Sonriendo con ironía.)* ¿De robar?
Tranquilizaos, pardiez,
que no acertáis imagino;
acaso en este salón
quizá se encuentre un ladrón
y miserable asesino.
(Con tono despreciativo lanzándole al rostro los apóstrofes. D. Suero le contempla con fijeza.)
SUERO. No os conozco.
MARTÍN. Ya lo sé.
SUERO. ¿Qué pretendéis?
MARTÍN. Poco ó nada.
Que descolguéis una espada
de esa panoplia.
SUERO. *(Con extrañeza.)* ¿Por qué?
MARTÍN. Porque es preciso que os mate;
pero en buena y noble lid,
cual caballero.
SUERO. Advertid
que queréis un disparate.
Yo, depuesto el rudo encono,
propago con gran fervor,
caridad, justicia, amor,
y al que me agravia, perdono.
MARTÍN. ¿No encontráis en mi semblante,
Arzobispo, un parecido
á algún rostro conocido
que no olvidáis ni un instante?
(Con gran ironía.)
SUERO. ¿Qué decís, que no comprendo?
MARTÍN. Ved que es corta mi paciencia. *(Iracundo.)*

¿A qué fingir? La conciencia
os lo está á gritos diciendo.
Por ese oculto camino, *(La puerta secreta.)*
sin que lo puedan notar,
sale el ladrón á robar
y á matar el asesino.

SUERO. No excitaréis mi furor.
¿Quién sois vos, decidme, quién?

MARTÍN. El hijo de don Guillén
y el hermano de Leonor.

SUERO. (¡Eterno Dios!) *(Aparte, aterrado.)*

MARTÍN. *(Sonriendo con amargura.)*
¿Os turbáis?...
La vergüenza del delito.

SUERO. No os entiendo, lo repito,
si claro no os explicáis. *(Procurando disimular.)*

MARTÍN. El disimulo es en vano:
harto la conciencia clama,
sangre mi padre reclama
y has de morir por mi mano.
Aún moribundo le miro
en mí los ojos clavar...
Aún me figuro escuchar
con el último suspiro
que el labio trémulo lanza
con el negro borbotón
de sangre del corazón...
«¡Venganza, Martín, venganza!»
La noche entera pasé
entre tinieblas, llorando,
su yerto tronco abrazando,
y mataros le juré.

SUERO. ¿Y quién os pudo enseñar
ese oculto corredor?

MARTÍN. En la casa del traidor
traidores se han de encontrar.

SUERO. Respetadme.

MARTÍN. ¿Tienes miedo?

SUERO. No me ofende vuestro labio;
perdonar debo el agravio.

MARTÍN. Riñe conmigo.

SUERO. No puedo.

MARTÍN. ¡Oh, qué infame hipocresía,
y qué obstinado en fingir!

SUERO. No... que no quiero mentir. *(Con resolución.)*
(Bajando la voz, pero con vehemencia.)
Cierto es, por desgracia mía,
que vuestro padre murió,
y aunque yo no le maté,
no puedo negar á fé
que tuve la culpa yo.
(Movimiento de ira en Martín.)
A suplicaros me atrevo
me escuchéis un solo instante,
y que el furor delirante
refrenéis.

MARTÍN. Nunca.

SUERO. Mancebo,
entiendo que con razón
quieras contemplarme inerte...
mas tanto como la muerte
merezco la compasión.

MARTÍN. ¡Compasión! ¿Y osas decir?...
¿Cómo poder conciliar?...

SUERO. *(Con mayor vehemencia.)*
¿Sabes tú lo que es amar,
ni lo puedes definir?
Esa pasión, á tus años,
se nutre con la esperanza,
y el viento de la mudanza
no mata con desengaños.
Mas, cuando empieza á cubrir
la nieve nuestra cabeza,
se siente, con la fiereza
del león, hasta morir.
Se tiene celos del viento...
se desea hasta el delirio.
y este cruento martirio
no cesa por un momento...
Que el amor no satisfecho,
es... la esencia del dolor,
y continuo roedor
que vive dentro del pecho.
Es lava devastadora

que entre montes comprimida,
rompe al fin embravecida
y arrastra desoladora
cuanto encuentra, sin piedad.
(Martín escucha admirado.)
Lo que digo no te asombre... *(Transición.)*
¡Este es el amor del hombre!..
¡Así se quiere á mi edad! *(Pausa corta.)*

MARTÍN. ¡Infame!

SUERO. *(Aparte.)* (Resignación.) *(Conteniéndose apenas.)*
Toda tu cólera es vana: *(Se oye un repique lejano.)*
el toque de esa campana
me llama á la procesión.

MARTÍN. ¡Sacrilegio! ¿Cómo osar
te atreverías, villano,
del templo con torpe mano
la forma santa á tomar?
¿Sobre tí no se derrumba
la catedral con estruendo,
con sus escombros haciendo
á tu cuerpo inmensa tumba?
¡Y no truena y se desquicia
la ira del Omnipotente!
¡Y no taladra tu frente
el rayo de su justicia!

SUERO. A Él remite mi castigo. *(Con íntima convicción.)*
No alcanzaré su perdón,
que eterna condenación
me aguarda. Llevo conmigo
roedor remordimiento.
¿Qué mejor pena?

MARTÍN. Morir.

SUERO. Es mayor la de vivir
consumido á fuego lento.

MARTÍN. ¿Y mi hermana? *(Iracundo.)*

SUERO. *(Evitando sus miradas.)* No lo sé.
De mis gentes escapó
ya en Compostela, y huyó,
y nunca más la veré.

MARTÍN. ¡Impostura! *(Avanzando hacia él, frénetico.)*

SUERO. *(Retrocediendo hasta llegar á la puerta del fondo.)*
No intentéis

acercaros; que á mis voces,
mis gentes entran veloces
y al número cederéis.

MARTÍN. ¡Cobarde!

SUERO. Todo es en vano.
No es que me arredre reñir,
es que no quiero teñir
con sangre vuestra mi mano.
(Movimiento de Martín.)
Si os obstináis, llamaré,
y os guardan en un encierro
para siempre.
(Pausa.—Después de contemplarse en silencio, Martín llega á la puerta secreta, y dice desde ella con ira reconcentrada.)
Como á un perro
juro que te mataré.
Date, pues, por avisado,
que por tu acción criminal,
al golpe de mi puñal
caerás asesinado.
Tu pesadilla seré...
no hallarás paz ni en el lecho...
constantemente en acecho
sobre tu huella estaré...
Nada te podrá salvar;
en el templo... en oración...
partiré tu corazón...
¡en las gradas del altar!
¡Ay de tí, si en mi camino
tu mala estrella te lanza!
¡Venganza, padre, venganza,
de tu cobarde asesino! *(Desaparece.)*

SUERO. Justa es su ira. El valor
pienso que me va á faltar,
porque me siento asaltar
de recóndito pavor.
No sé qué presentimiento
me augura que ha de cumplir
cuanto acaba de decir. *(Pausa.)*
(Llamando.)
¡Hola! ¡Lope... aquí... al momento!

ESCENA V

DICHO, LOPE.

SUERO. ¿El enviado?
LOPE. Aguarda fuera
á que os dignéis recibirle.
SUERO. Ve en el instante á decirle
que el Arzobispo le espera. *(Vase Lope.)*
Corazón, cobra tu calma
y que no salga al semblante
la lucha que en este instante
se agita dentro del alma.
Ruja en el pecho el estrago
en lidia sorda y potente,
pero refleje mi frente
la serenidad del lago;
que el momento llegará
que el volcán rompa su freno,
y todo, de furia lleno,
con ímpetu arrollará.

ESCENA VI

DICHO, DON PEDRO *y* LOPE, *que se retira á una seña de don Suero.*

SUERO. ¡Santa paz!
REY. Que Dios le guarde
y le proteja de mal. (*Pausa.*)
SUERO. Ya me véis.
REY. (*Brusco.*) Un poco tarde.
SUERO. Sois altivo.
REY. Cada cual
es lo que és.
SUERO. No retarde
en decirme el mensajero,
porque á ello está obligado,
lo que debe.

REY. Pues, don Suero,
yo soy...
SUERO. (*Breve.*) Ya lo sé... Un soldado
del Rey don Pedro primero
que tiene corte en Sevilla.
REY. (*Contemplándole y después de una pausa.*)
Un soldado, decís bien;
y el serlo no me amancilla.
¿Pues qué, no lo es también
el Monarca de Castilla? (*Arrogante.*)
SUERO. Os aconsejo templanza,
que no os ofendió mi labio.
REY. Vuestro estado os afianza;
yo siempre me desagravio
con la espada ó con la lanza,
que es mi condición guerrera.
SUERO. Yo mis huestes acaudillo
cuando la batalla espera.
¡Soy señor de horca y cuchillo! (*Altivo.*)
REY. Y de pendón y caldera. (*Con gran ironía.*)
Vuestra misión es sagrada, (*Con gravedad.*)
la mansedumbre os conviene
y no alzar la diestra armada,
pues creo que mal se aviene
con el báculo la espada.
¡Imitador de Dios Hijo,
debéis la paz predicar!
SUERO. Por mi voluntad me rijo. (*Iracundo.*)
REY. Sólo debéis empuñar (*Con calma.*)
el cáliz y el crucifijo.
SUERO. ¿Seré yo acaso el primero
en el mundo, de mi estado,
que una con la del guerrero
la condición del Prelado?
REY. Es absurdo.
SUERO. (*Con violencia.*) Caballero...
REY. Los ministros del altar
no deben dar torpe ejemplo.
Cada cuál en su lugar:
los sacerdotes al templo...
los soldados á lidiar.
(*Pausa.—Ambos se contemplan como midiéndose.*)

SUERO. *Me absuelve mi Soberano,
*el Padre común de todo.

REY. *Pues no es justo ni es cristiano,
*como piense de tal modo
*el Pontífice romano.

SUERO. *(Mal mi cólera resisto.) (*Aparte.*)

REY. *El santo legislador (*Con ironía.*)
*se equivocó por lo visto.
*¡El Papa infalible. Error,
*la propaganda de Cristo.
El... sólo amor, caridad (*Señalando al cielo.*)
recomendó á pueblo y Reyes.
¿Vosotros?... ¡Qué iniquidad!
hoy contravenís las leyes
de justicia y de piedad.

SUERO. (*Queriendo dar otro giro al diálogo.*)
La venia me habéis pedido
y á mí os habéis presentado...

REY. No imaginéis que lo olvido, (*Rapidamente.*)
soy mensanjero enviado
por don Pedro el *maldecido*.

SUERO. Ni le conozco siquiera.
Tal le pintan que me arredro;
porque la fama do quiera,
pregona que el Rey don Pedro
tiene condición de fiera.

REY. A tan torpe acusación,
el sólo respondería
que es calumniosa invención
de traidores.

SUERO. Bien podía.
Pero clama la nación...

REY. Los hijos de la Guzmán...
Esos Infantes traidores
que continuamente están
tejiendo maquinadores
obscuro y cobarde plan.
Pero si al Rey el destino
ayuda en su noble empresa,
y su hermano en su camino
algun día se atraviesa,
y cae... le vaticino

que ya no le servirá
de amparo su jerarquía
ni ser su hermano... Será
tan implacable ese día,
que el mundo se aterrará.

SUERO. Volverá á ser fratricida
si matase á don Enrique.
¿No le basta con la vida
del Maestre don Fadrique?

REY. *(Después de dominar sus afectos, dice con sombría calma.)*
Habéis tocado la herida.
¡Dios sabe si con razón
le mató!

SUERO. No puede ser.

REY. Escuchad con atención,
y lo que váis á saber...
¡secreto de confesión! *(Pausa.)*
¿Ignoráis que repudiada
fué doña Blanca?

SUERO. No tal.
¿Y por qué?

REY. *(Soltando la frase penosamente y como si le atormentara.)*
¡Era la amada
de Fadrique el desleal!

SUERO. Fué vilmente calumniada.

REY. *(Con amargura.)* Nó. Don Pedro sorprendió
en un coloquio amoroso
que la culpa reveló,
al guerrero religioso
y á la Reina. Ciego entró
en la cámara nupcial
que profanó el adulterio
incestuoso y fatal
en las sombras del misterio,
y acometió á su rival.
Tras lidia corta y reñida
fué el Maestre desarmado,
que para salvar su vida
buscó, del miedo acosado,
la salvación en la huída.
El Rey, gritó con despecho,

al ver tan cobarde traza:
«Juan Diente, caiga deshecho
don Fadrique por tu maza,
ó hunde el puñal en su pecho.»
Con el mandato cumplió
aquel macero obediente...
En un patio le alcanzó...
con la maza hendió su frente
y muerto á sus pies cayó. *(Pausa.)*

SUERO. Y la nobleza, indignada,
poco á poco va engrosando,
al mirarse atropellada
de los Infantes el bando.

REY. Resolución muy honrada. *(Sarcástico.)*
¡Sangre quieren! Sangre habrá.
Sangre correrá á torrentes
que el trono arrebatará
en sus revueltas corrientes,
ó á Enrique exterminará.
Cada noble, un soberano
ser quiere en su señorío,
que sin piedad, inhumano,
deshonra y degüella impío
y roba como un villano.
Blasonando de virtud,
quisieran ver implantada,
y ejercer con rectitud,
la sabia ley de pernada
con la de la esclavitud.
El clero, que la misión
tiene de paz y concordia,
con evangélica unción
la tea de la discordia
enciende con fruición.
Astuto y atrabiliario
atenta á todo derecho;
y si lo cree necesario,
utiliza en su provecho
púlpito y confesonario.
(Don Suero procura interrumpirle.)
Que así son, negarlo es vano,
y de ello estáis convencido.

Y siendo así, es liso y llano...
cada fraile es un bandido
y cada noble un villano.
Para España, basta un Rey...
concluya el poder feudal,
que es de Reyes larga grey...
llegue á todos por igual
el imperio de la ley.
A quien delinque, condena
sin pararse en el blasón,
é impone justo la pena
sin ninguna distinción.

SUERO. ¡Buena justicia! *(Con desdén.)*
REY. Tan buena,
que la mejor me parece.
SUERO. Y yo por tal no la tengo.
El hidalgo más merece
que el pechero. *(Con firmeza.)*
REY. No convengo.
SUERO. Es absurdo... ¿Y enaltece
al pueblo?
REY. Inútil afán. *(Interrumpiéndole.)*
Avenirnos no podemos.
SUERO. Es distinto... *(Continuando.)*
REY. *(Idem.)* ¡Por San Juan!
¿pues todos no descendemos
directamente de Adán? *(Zumbón.)*
SUERO. Hay razones...
REY. Son errores
que vuestro orgullo imagina.
Dios buscó propagadores
para su santa doctrina
entre humildes pescadores.
¡Pobre pueblo!... ¡Despreciado,
y siempre tan oprimido!...
¡Guay de nosotros, si airado,
sus cadenas decidido
rompe de sufrir cansado!
*Ese pueblo...
SUERO. *Es ignorante.
REY. *Pero es bueno.
SUERO. *Por temores.

REY. *Sois con él intolerante.
SUERO. *Que haya siervos y señores
*es necesario.
REY. *(*Sonriendo con desdén.*) Adelante.
SUERO. Dejando la discusión,
que ya proseguir no quiero,
por inútil, es razón
que me diga el mensajero
cuál es aquí su misión. (*Pausa.*)
Os escucho.
REY. (*Con calma.*) Lo imagino.
SUERO. Sois enviado...
REY. Sí, tal.
Y para abreviar camino,
allá va *mi* credencial.
Leed ese pergamino. (*Dándoselo.*)
SUERO. (*Leyendo.*) «Defensor de mi corona
es ese súbdito mío...
nobleza y valor le abona...
Tratad, pues, al que os envío,
como á mi propia persona.»
¿Esta forma?... (*Con extrañeza.*)
REY. No amancilla.
(*Le indica con la acción que continúe. Después de mirarse en silencio, don Suero vuelve á leer.*)
SUERO «El que le toca, me hiere...
el que le ofende, me humilla...
Atendedle. Así lo quiere...
«don Pedro» Rey en Castilla.»
¡Está altanero!
REY. (*Con calma.*) No tal.
Vuestras doctrinas invoco;
en su puesto cada cuál,
para el Rey don Pedro es poco
un Arzobispo feudal.
SUERO. ¡Vive Dios! ¿me escarnecéis?
REY. Justo será que os atienda...
SUERO. Ved que no me conocéis. (*Airado.*)
REY. El pergamino encomienda (*Con mucha calma.*)
que como al Rey me tratéis. (*Pausa.*)
*Os cumple como Prelado
*hacerle la recepción

*bajo el palio, ornamentado
*con capa fluvial, ropón
*y el báculo del mitrado.

SUERO. *¿Os parece natural
*le reciba de ese modo?

REY. *Aunque lo llevéis á mal...

SUERO. *Sólo á hacerlo me acomodo
*dentro de la catedral.

REY. Que le recibáis espero
de vuestras tropas al frente
ante la ciudad primero,
cual corresponde á un valiente
y tan noble mesnadero. (*Sarcástico.*)
Rendiréis pleito homenaje.

SUERO. Pues yo á salir no me obligo.

REY. Os obliga el vasallaje.
Qué, ¿no teméis el castigo
si lo toma como ultraje?

SUERO. Pues que no me acose á fé,
que no acepto la violencia.
Si se obstina, romperé
al Monarca la obediencia
y á otro señor serviré.
Y si cerca mi muralla,
en ella le aguardaré
vistiendo la fuerte malla;
y la mitra cambiaré
por el casco de batalla.

REY. Advertid...

SUERO. Sé lo que hago,
que su poder no me humilla.

REY. Hará en Galicia un estrago.

SUERO. (*Con soberbio arranque.*)
¡Si él es el Rey de Castilla,
yo el señor de Santiago!

REY. Pues como mire ultrajada
su autoridad... por la luz...

SUERO. Yo llevaré en la jornada,
en una mano, la cruz;
y en otra mano, la espada.

REY. ¡La cruz de la redención! (*Indignado.*)
¿Y osáis decírmelo audaz?...

¡La cruz! ¡Qué profanación!
¿El símbolo de la paz
emblema de rebelión?
La dejaréis profanada
si tras de la lid reñida
toca vuestra mano osada
de tibia sangre teñida
aquella enseña sagrada.

SUERO. Concluya el debate aquí.
Don Pedro será esperado
en la catedral por mí.

REY. Pues sea asunto acabado.
(*Calmándose.—Pausa.*)
Será, pues os place así.
Ahora os quiero denunciar
un delito misterioso,
por si podéis castigar
á un asesino alevoso
y allanador de un hogar.

SUERO. Abusáis de mi paciencia
y no es prudente se agote.

REY. Deben imponer sentencia (*Severo.*)
hoy el juez y el sacerdote.
Recurro á vuestra conciencia.
¿Ignoráis que á don Guillén
Churruchao han dado muerte,
sin saber cuándo, ni quién,
y que se ignora la suerte
de su hija Leonor también?

SUERO. Yo no he tenido noticia (*Eludiendo su mirada.*)
de un hecho tan desgraciado.

REY. Pues sabed que hay quien malicia
que no ha de herir al malvado
vuestra severa justicia.

SUERO. Eso, luego lo verán.

REY. (*Pudiendo apenas dominar la ira, en voz baja y acercándose mucho al Arzobispo.*)
A un lado la hipocresía,
noble Conde don Fernán.

SUERO. ¿Qué decís? (*Espantado.*)

REY. ¡Por vida mía!
Que vos érais el galán

á quien la incauta Leonor,
inocente y confiada
en sus protestas de honor,
creyendo que era adorada
dueño le hizo de su amor.
Martín me contó el delito.

SUERO. Advertid que la tormenta
va á estallar... Que es inaudito...

REY. Que ruja y rompa violenta,
y lance el rayo.

SUERO. ¡Maldito!
(En el paroxismo del furor.)
Basta ya de humillación.
Si os empeñáis...
(Intentando coger un arma de la panoplia.)

REY. Castigada
vuestra abominable acción
no debe ser con la espada.
El vil dogal del sayón:
un tablado y plaza llena
de gente, puesto que os plugó
incurrir en doble pena.
¡Al asesino, el verdugo!...
¡Para el ladrón, la cadena!

SUERO. *(Lanzando un grito de furor.)*
¡Ah!... Miserable... Bien cara
vas á pagar...
(Delirante coge de la panoplia un hacha de combate que don Pedro le arranca derribándole sobre el sillón. La levanta sobre su cabeza, pero calmándose instantáneamente, la tira sobre la mesa.)

REY. Es en vano,
que fuera una cosa rara
que un caballero cristiano
á un Arzobispo matara.

SUERO. ¡Hola!... mis gentes... *(En voz sofocada por la ira.)*

REY. Callad,
que sepan no convendría
vuestra infame iniquidad.
Me escuda mi jerarquía
de mensajero.

SUERO. Marchad.

Y si el Rey quiere, altanero,
penetrar en Santiago
por la fuerza del acero,
antes que llegue el amago
saldré á esperarle el primero.

REY. Mala fortuna os auguro.

SUERO. Eso, se verá después.

REY. La derrota os aseguro,
Arzobispo santiagués.

SUERO. Mas como vencer procuro...
que le digáis al Rey quiero (*Arrogante.*)
que he sabido respetar
á su noble mensajero,
y que haga por no quedar
de mis tropas prisionero.
Que si tras de la matanza,
en mi poder cae su Alteza,
pronostico malandanza,
que pasearán su cabeza
en la punta de una lanza.

REY. (*Con brío.*) Pues á su renombre fiel,
como triunfe el de Castilla,
forrará con vuestra piel
de su caballo la silla
el Rey don Pedro el Cruel. (*Vase.*)

ESCENA VIII

DON SUERO

Martín ya sabe el suceso...
lo sabe el Rey de Castilla...
Si en Compostela divulgan
lo ocurrido... que lo digan,
pues nada pueden probar.
Sobre mí se precipitan
los sucesos... adelante...
Ya cómo evitar podría...
imposible. (*Se oye un segundo repique.*)
Las campanas

por segunda vez avisan.
Vamos á la procesión,
y que mi semblante finja
la paz que perdió mi alma
para siempre, por desdicha. (*Vase.*)

MUTACION

La escena cambia á una plaza. Al fondo, y de frente al público, pero unida á la derecha del actor, está la gran puerta de la catedral, llamada de las Platerías, sobre una gran grada. A la derecha, abajo, entrada á una calle, y á la izquierda, enfrente, otra. Los balcones y ventanas, donde hay gentes, están engalanados con tapices y colgaduras. El suelo está cubierto de espadañas, romero y flores.

ESCENA IX

Aparecen DON PEDRO, MARTIN *embozado.—Un grupo de Capitanes castellanos, en lo alto de la gradería.*—FORTUN *y* LOPE. *Damas, caballeros. Mujeres, hombres y muchachos del pueblo. En los balcones y ventanas también hay gentes. Mucha animación sin interrumpir el diálogo.*

MARTÍN. Todo fué en balde.
REY. Lo creo.
Anoche, cuando venía
con mis tropas hacia aquí,
en medio de la campiña,
traspasado de dolor,
imploraste mi justicia.
¿Cómo atestiguar la infamia?
MARTÍN. Seré su sombra hasta el día
que le mate por mi mano,
y la celeste justicia
quiera perdonarme luego.
REY. Baja la voz, que nos miran,
y si de don Suero das
con los secuazes, perdida
considera tu esperanza,
que al momento te asesinan

ó te empozan para siempre
en una mazmorra fría. (*Pausa*.)

MARTÍN. Mirad, por aquella puerta
debe salir la magnífica
procesión dentro de poco.

REY. ¿Por aquí pasa?

MARTÍN. En seguida
entrará por esa calle...
(*Señalando á la de la izquierda.*)
(Si al pasar por esa esquina,
le esperase... ¡Ay de don Suero!
(*Resueltamente después de vacilar.*)
Su suerte esta decidida.)
¡Guárdeos Dios! (*Alto al Rey.*)

REY. (*Que no ha dejado de mirarle atentamente durante su aparte.*)
Oye, si acaso
tienes que buscar la huída,
refúgiate entre los míos,
buen Martín, á toda prisa.
(*Señalando á los Capitanes.*)
No olvides, si *llega el caso*,
que sabré hacerte justicia;
te lo prometo, mancebo.

MARTÍN. No lo olvido.
(*Retirándose par la calle de la izquierda.*)

REY. (*Con intención.*) ¡Dios te asista!
*Sanabria, por el camino
*que nos denunció el espía,
*entrará con nuestra gente
*y llegará á toda prisa
*cuando oiga por vez tercera
*que las campanas repican.
*(*Se oyen tres campanadas, á las que sigue el tercer*
**repique.*)
La señal. Llegó el instante.
(*Sin dejar de observar á Martín, que está en la bocacalle.*)

MARTÍN. (Mi venganza se aproxima.) (*Aparte.*)

ESCENA X

Se abre la puerta de la catedral y se ve avanzar por el interior la procesión hasta que sale DON SUERO *bajo el palio que llevan ocho sacerdotes. Cuatro maceros le preceden.—Frailes con cirios.—Sacristanes con incensarios y cuanto en todo tiempo ha precedido y acompañado á semejante ceremonial.—De los balcones y ventanas arrojan flores al pasar el palio. El repique de campanas continúa hasta que la procesión llega al centro del teatro y empieza á entrar por la calle izquierda.* EL REY *y los Capitanes avanzan tras ella. Después que termina el repique, sólo se oye el rezo de los sacerdotes y el órgano, que se suspende á la voz de* MARTIN *cuando el palio va á entrar en la calle.*

MARTÍN (*Tirando el manto y avanzando.*)
Teneos. Tu buena estrella
ya te abandona.
(*Desnudando la daga y cogiéndole.*)

SUERO. (*Implorando.*) ¡Favor!
(*Los sacerdotes retroceden instintivamente dejando sólo al Arzobispo, que está inmóvil y aterrado.*)

MARTÍN. ¡Por mi padre! ¡Por Leonor!..
(*Dándole de puñaladas.*)

SUERO. ¡Confesión!...
(*Dando un grito de agonía, cae de espaldas en la calle por donde empezó á entrar la procesión.*)

MARTÍN. Muere sin ella.
(*Momento de estupor, al que sucede un gran tumulto en la calle y balcones. Martín retrocede hasta donde están los Capitanes, subiendo la gradería y quedando entre ellos en la puerta de la catedral. Cuídese este movimiento.*)

UNOS. ¡Qué sacrilegio!

OTROS. ¡Matarle!

MUCHOS. ¡Muera!

LOPE. ¡Que muera el malvado!
(*Un grupo intenta subir á la gradería. El Rey se interpone.*)

REY. ¡Atrás! Ya tomó sagrado.
Nadie se atreva á tocarle.
(Ante su enérgica fiereza, el grupo se detiene y retrocede cuando avanza el Rey.)

LOPE. No hacerlo fuera mancilla.

REY. Se ampara en la catedral.
Atrás.

FORTÚN. ¿Quién sois, voto á tal?

REY. Yo soy el Rey de Castilla.
(Movimiento de asombro.)
Y si no bastan razones
que os lleguen á convencer,
podrán hacerlo á mi ver
esos valientes leones.

ESCENA XI

DICHOS, DON MEN RODRIGUEZ DE SANABRIA, PADILLA *y tropas del Rey, que invaden las gradas. Delante vienen los que traen las banderas y los que tocan atambores y trompas de guerra.*

REY. *(Que baja al centro de la escena con algunos Capitanes y los que llevan las banderas.)*
Obstinado se negó
vuestro Arzobispo este día
á rendirme pleitesía.
Su matador me evitó
mi justicia ejercitar,
atravesando su pecho;
que yo, con justo derecho,
le hubiera mandado ahorcar
por su acción irreverente.

LOPE. ¿Os llaman el justiciero?...
(Asentimiento del Rey.)
Pues bien, castigad severo
al asesino.

REY. Inclemente
hizo á su padre matar
el Arzobispo, y su hermana

le robó. La acción villana (*Rumores.*)
ahora acaba de pagar.

LOPE. (*Retrocediendo confuso y temeroso.*)
¿Y el matador entretanto
su culpa sin redimir?..

REY. Su perdón irá á pedir
á los pies del Padre Santo.
Y al reverlarle contrito
la razón que le impulsó,
tengo por seguro yo
que le absuelve del delito. (*Pausa.*)
Don Suero, sin confesar
ha muerto, y en gran pecado.
(*Pausa. Gran expectación.*)
Justo es que sea enterrado
en un especial lugar.
Su jerarquía era tanta,
que debe hacérsele, creo,
¡magnífico mausoleo
delante la puerta santa!
Así la edad venidera
contará de ese Prelado,
que como murió en pecado,
no está ni *dentro ni fuera.*
(*Rumores. El Rey los domina con la actitud y sigue solemnemente.*)
*Dios, que le ha juzgado ya
*allá en la celeste altura,
*si su alma encuentra pura
*hacia sí le llamará.
*Si viviera, y decidir
*que tuviese yo... inflexible,
*como soy hombre y falible,
*le hago en público morir.
*Alto tablado, y fatal...
*pero sin hacha ni tajo...
*que para crimen tan bajo
*bastara con un dogal.
*(*Crecen los rumores, que el Rey domina con su voz.*)
¡Sin rumores! Soy el Rey
calumniado con malicia,
é igualará mi justicia

á todos ante la ley. (*Silencio profundo.*)
A un caballero feudal
se le debe honrar aun muerto;
que lleven el tronco yerto
al palacio Arzobispal.
En memoria á su valor
y á su condición guerrera,
con lanzas y una bandera
hacedle lecho de honor.

(*Padilla y algunos Capitanes y soldados, con lanza y banderas, entran en la calle donde cayó don Suero.*)

Ya sé que con eco fiel
me apellida el mundo entero,
en vez del Rey justiciero,
el avariento y cruel.
No me importa... Que me abona
mi razón y mi derecho;
cuando no aliente mi pecho
me quitarán la corona.
En tanto, sin aguardar
para mí, tiempos mejores;
¡á lidiar contra traidores,
mis leales!

TODOS. ¡A lidiar! (*Agitando las armas.*)

(*En este momento sacan los soldados en hombros el cadáver de don Suero, sobre lanzas y cubierto de banderas. Sigue detrás todo el séquito de la procesión. Atraviesan la escena, entrando por la calle de la derecha. El Rey y sus tropas, que bajan en columna de las gradas, acompañan á compás de la marcha que tocan las trompas de guerra y los atambores. Doble de muchas campanas.*)

FIN DEL DRAMA

AL LECTOR

Mi insignificante trabajo ha sido calificado por algunas personas de impío y demoledor de creencias religiosas, sin duda alguna, porque no asistiendo á las representaciones, juzgaron por referencias de bulto, poetizadas por los narradores. Y yo, tan buen *cristiano* como el que mejor lo sea de los impugnadores de mi drama, al darlo á la prensa, me someto al juicio de la crítica, pero protestando de las impiedades que le hayan supuesto.

El hecho en que está basado el drama, que no es de mi invención, no lo he presentado con todos los horrores que cuenta la tradición.

Don Pedro y don Guillén, sobre todo el primero, increpan á los nobles sanguinarios y tiránicos y al clero turbulento que, olvidando su santa misión de paz y caridad, valiéndose de su poderosa influencia, fomentaban la constante rebelión contra su Rey. Pero lo mismo en aquella época que en todas, en una y otra jerarquía hubo mucho bueno, bastante malo, y... concluyo diciendo como el inmortal Hartzenbusch:

Yo adoro á Dios uno y trino
mejor quizá que mi juez.

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Guttenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y C.ª*, calle de las Infantas, 18, y del *Sr. Escribano*, plaza del Angel, 2.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de esta Administración.

También pueden hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.